

**Carlos Suárez  
Veintimilla**

**OBRA POETICA**

**TOMO I**

**CORAZÓN INQUIETO**



**Centro de Ediciones  
Culturales de Imbabura**

**IBARRA, 1995**

## CONTENIDO

Nota editorial 9

### I. El infinito instante

El infinito instante	13
Misa en la montaña	14
Estás en mí	16
Llave del monumento	18
Blancura ausente	21
Catacumbas	23
Mis manos	25
Mañana de misa	27
El otro pan y tu mismo	30
Comunión espiritual	32
Hambre	34
Visita al monumento	36
Mejor así	38
Procesión	39
Visita	41
Para mañana	43
Canto: La cita	44
Llama	45
Mañana sin comunión	46
Después de la comunión	48
Lámpara	50
Si supieras señor	52
Viático al campo	55
El verso del fin	58

### II. Serenata a la virgen

Serenata a la virgen	61
Virgen del mar	63
No de un jardín	64

**Carlos Suárez Veintimilla**

*Obra poética, tomo I*  
**CORAZÓN INQUIETO**

Impreso y hecho en el Ecuador

Cubierta: Edgar Vega

Diseño gráfico: Patricio Negrete Reyes

Supervisión editorial: Enrique Ayala Mora

Levantamiento: Sandra Avilés, Grace Sigüenza H.

Impresión: Editorial Ecuador, Santiago 367, Quito.

ISBN obra completa: 9978-9910-6-9

ISBN tomo I: 9978-9910-5-0

Es propiedad:

CENTRO DE EDICIONES

CULTURALES DE IMBABURA, 1995

Flores 713 • Apartado Postal 729 • Tf. 954985

Ibarra-Ecuador

1995 01

#### **El Centro de Ediciones Culturales de Imbabura**

Es una entidad sin finalidad de lucro destinada al desarrollo de la educación, información y cultura de la provincia y el país. Sus actividades fundamentales son las ediciones de obras de autores imbabureños, la publicidad y distribución de órganos periódicos de prensa, y la investigación sociocultural. Tiene su sede en la ciudad de Ibarra.

Estampas	66	A la virgen del monte	137
Con estas pobres piedras del camino	68	Virgen de mi capilla	140
Todo, virgen me dice	71	El misterio	144
María	73	Oración por los pescadores	147
Silencio	74	Rosas	149
Bajo tu manto	76		
El ramo pequeño	77	<b>III. Tus manos</b>	
Letanías	79	Tus manos	153
Sobre tu pie desnudo	81	Canto: Sonata negra	157
Rosario de la aurora	82	Un paso	160
Rosario	84	Sólo	163
Reina del camino	85	Besamanos	165
Virgen del colegio	86	Tú sólo	167
Plegaria a la virgen de Fátima	88	El rostro	169
El cántaro	90	El yunque	171
Virgen de mi mesa	91	El maestro	172
Nuestra señora de las Lajas	93	Como mi recuerdo	175
Virgen de la tarde	95	Sobre el mundo	177
Virgen de montenero	97	Canto del centenario	179
7 Bajo la sombra amiga	100	El perfume de amor que llena el mundo	182
Faja azul	101	Tú eres la patria...	183
Adiós a mi colegio	102	Teresita	186
Rebaño en la noche	105	El movimiento familiar cristiano	188
No me olvides	107	San Agustín (casa de ejercicios)	189
Virgen de mi cuarto	109	Sobresalto	191
Oración de hoy	112	Plegaria al hermano Miguel	193
Visita furtiva	115	Confesión	195
Plegaria dolorida	117	Tu cuerpo muerto	198
Angustia	120	Hermanas	199
Tres nombres:	122	Fe	202
Reina	122	Cinta magnetofónica	204
Abogada	123	Claustro de San Francisco	206
Madre	124	Volver a andar	208
Mayo	125	Vengo de un camino...	210
Mi pequeño canto	127	Salmo 1	213
Manto azul	131	Salmo 2	216
Virgen de mi sacerdocio	134	4 cantos: Angustia	219

Canto del constructor de la casa	223
Meditación en el bus	225
Hermano pobre	227
Para el ofertorio de mi misa de mañana	229
Bus	231
Manuel	233
Perdón	235
Para el fin	238
El autor	139

## NOTA EDITORIAL

Carlos Suárez Ventimilla se retrata en su poesía. hombre profundo, sencillo y directo. Quienes lo por primera vez, luego de haberlo leído, lo reconocen como se lo habían imaginado. Quienes primero lo hemos conocido y hemos leído luego su producción, la sentimos muy dentro, porque hemos entablado una relación de cariño intenso con él. Por ello una nueva edición de su obra era una urgencia para unos y para otros. Pero también lo es para quienes no lo conocen personalmente ni lo han leído antes porque su creación literaria es ya a estas alturas patrimonio de nuestra cultura nacional.

Carlitos es un hombre de múltiples oficios e innumerables facetas. Es un incansable promotor de obras pastorales y sociales; es un maestro de vocación y largos años de ejercicio; es un buen conversador, ameno y bien informado; es, como lo atestiguan varias generaciones de funcionarios públicos, un palanqueador persistente y eficiente; es ayudador compulsivo, siempre generosamente dispuesto a ofrecer las colaboraciones más inverosímiles; es, en fin, alguien que en la vida ha tenido que ser una que otra vez, por gusto o necesidad, periodista, arquitecto, consejero matrimonial, orador de ocasión y árbitro de fútbol. Pero más allá de ello, el hombre es ante todo y sobre todo, sacerdote y poeta. Su obra fundamental se enmarca en estas sus dos grandes vocaciones, que en realidad son una sola.

La obra de Carlitos Suárez ha permanecido crónicamente agotada. Se han impreso pocos de sus libros, se han distribuido muy limitadamente y se han agotado pronto. Esta colección pretende solventar, al menos en parte, esa realidad. El Centro de Ediciones Culturales de Imbabura se propone recoger, en varios volúmenes, su producción literaria, no solo como un tributo a su persona, sino como un homenaje al más alto exponente de la literatura provincial.

Esta serie contiene tres volúmenes de la obra poética del autor. El primero está fundamentalmente dedicado a su poesía religiosa, el segundo contiene sus producciones dedicadas a nuestra tierra, el tercero recoge las composiciones dedicadas a nuestra gente y a nuestras cosas. Se espera estructurar un cuarto volumen que recoja la crítica literaria sobre el autor. El ordenamiento adoptado para la obra en los diversos volúmenes ha sido hecho por el propio autor.

Al presentar esta obra al público, cumplo el grato deber de expresar el agradecimiento más sentido al Centro de Ediciones Culturales de Imbabura, de manera especial al Ing. Edmundo Carrión, Presidente, y al Sr. Fausto Yépez, Vicepresidente; a la Corporación Editora Nacional, en cuyos talleres se preparó la obra, y a Patricio Negrete y Grace Sigüenza, que realizaron los trabajos editoriales. En cuanto a mí, que por encargo del Centro de Ediciones asumí con cariño y devoción la organización de la obra y la supervisión editorial, me queda la satisfacción inmensa de saber que la palabra de Carlos Suárez Veintimilla volverá en estas páginas a oírse una vez más, serena, profunda, segura.

*Enrique Ayala Mora,*  
Ibarra, diciembre de 1994.

# I

## El infinito instante

## **EL INFINITO INSTANTE**

Dulzura de estar contigo,  
alas de saciado vuelo:  
en el corazón amigo  
se hunde el ancla del anhelo.

Felicidad sin testigo;  
el alma sola y sin velo,  
y un velo leve de trigo  
para cubrir todo el cielo.

Oh Plenitud que detienes  
de mi nada en el vacío  
tu hondura viva y quemante!

Oh Amor eterno que vienes  
para ser tan sólo mío  
el breve infinito instante!

## MISA EN LA MONTAÑA

Entraré al altar de Dios . . .  
más que nunca, Señor, sobrecogido  
en este templo verde de cien naves  
con la cúpula azul del infinito.

Donde es mínima vela —para un viaje  
fugaz y ardiente hacia lo eterno— el lino,  
y la humilde blancura de la Hostia  
y la blancura herida de los cirios.

Todo en el monte se ha quedado en  
éxtasis: la música lejana de los grillos,  
la voz extraña y londa de la selva,  
de la cascada el grito suspendido:

saben que estás aquí, te han descubierto  
sobre el desnudo altar sus ojos limpios

En torno, la montaña arrodillada,  
y está sonando el órgano del río.

El viento está arrullando dos silencios:  
mi mudo asombro y tu callar divino.

Y mientras te alza, trémula,  
mi mano al infinito,  
suena el extraño canto de los árboles  
que el viento ha estremecido,  
y levanta la selva su murmullo  
de adoración feliz, porque has venido . . .

Y lleva al mar este temblor de gloria  
el órgano del río.

se deshacen mis hielos, y en mis labios  
tu sabor, solo, dura . . .  
Y yo no tengo más que el río amargo  
en que rompieron mis entrañas rudas,  
este río de lágrimas amargas  
en que en mí se convierte tu dulzura.

## ESTÁS EN MÍ

Estás en mí! Se quiere abrir mi pecho  
no hecho a este mar de la divina hartura!  
Oh Plenitud, que impregnas de mi esencia  
la hondura más profunda!  
Presencia que penetras en la médula  
más mía, más oculta,  
y haces presencia túrgida y ardiente  
el vacío infinito de mi hondura.  
Y en cambio yo te doy lo que es más mío:  
esta intocada soledad desnuda.

Estás en mí! La voz de miel ardiente  
que quema el alma con mortal dulzura  
se derrama en mi entraña como un canto  
desterrado del cielo a tierra impura.  
Y todo en mí quisiera responderte,  
y todo ser estremecida música.  
Pero . . . te doy tan sólo el grito ahogado  
de mi ansiedad atormentada y muda.

Estás en mí! Fluye en mí ser entero  
la indecible dulzura;

## LLAVE DEL MONUMENTO

Jesús ya está encerrado,  
y la llave en tu pecho:  
guárdalo, niña, con tu llave de oro:  
no lo maten de nuevo!

Que el demonio no sepa en esta noche  
donde lo tienes preso.

Que ya Judas ha vuelto, y lo ha vendido  
por los treinta dineros.

Que los demonios andan por las calles  
búscándolo de nuevo,  
empujando una turba emborrachada  
de odio y miedo,  
y encenderán la noche con antorchas. . .  
que las estrellas tristes ya se han muerto.

Escóndelo esta noche,  
guarda la llave adentro:  
para sacarle, tengan que romperte  
el corazón y el pecho.

Pero no. Qué sería  
de nosotros, si no muere de nuevo?

Te han de pedir mañana  
la llave que te dieron.

Lo han de sacar de donde está encerrado,  
lo han de llevar de nuevo

a sentir del traidor el repugnante  
aliento en otro beso;

a golpearlo, a dejarle  
sucias salivas en su rostro bello;

regar las azucenas de su frente  
con arroyos bermejos;  
a traspasar sus manos de jacinto,  
los lirios de sus pies, con clavos negros;  
a decir, otra vez, esas palabras  
que hacen llorar de hinojos a los cielos.

Pero siquiera escóndelo esta noche,  
guarda la llave adentro:  
para sacarlo, tengan que romperte  
el corazón y el pecho.

Y arrúllalo! Que olvide  
que ya se acercan los fantasmas negros.  
Dile palabras dulces, como a un niño,  
que hoy por nosotros está inerme y trémulo,  
y triste hasta la muerte  
y hambriento de consuelo.

Después, cuando lo bajen  
—nardo prensado y lívido su cuerpo—  
recógelo callada,  
guárdalo, niña, en tu jardín secreto,

rompe la llave, y llévalo escondido  
para siempre en tu pecho!

## BLANCURA AUSENTE

Por qué subiste en tu blancura ausente  
esta fría mañana,  
si estaban lejos mis sedientos labios  
y mi alma era un temblor de inútil ansia?

Me has quitado mi Pan para que sienta  
la hondura de mi nada  
y baje, de la mano del silencio,  
al abismo de mi alma?

Y en él, con estos sueños que despiertan  
qué quieres que yo haga  
si a tí me empujan desde el fondo triste  
como trémulas alas?

Ya no me sirve aquel azul asombro  
de las pupilas tímidas del alba  
ni las señas secretas  
de mis estrellas altas:

si ellas también te buscan  
tras de las rejas frágiles, en mi alma,  
y al no hallarte, se nublan  
sus límpidas miradas.

Mi Pan que subes en blancura ausente  
en mi Misa sin pan de estas mañanas,  
esperado en la noche interminable...  
haz la mañana y baja!

## CATACUMBAS

Por la Vía Apia antigua íba viniendo  
mi hermana el alba  
- luz infantil sobre las piedras vüejas-.

Y fuimos juntos: si también mi alma  
era, sobre las r,iedras del pasado,  
fulgor de alba!

Y hundimos nuestra luz trémula y fresca,  
de la ciudad profunda en las entrañas.

Catacumbas: palabra hecha de siglos,  
con sílabas de sangre coagulada,  
de sombras que sonríen  
y cantan.

Y, mientras en las sombras mis hermanos  
los Mártires, absortos espiaban,  
mis manos levantaron sobre ellos  
su primera Hostia blanca.

Y sus cantos, surgiendo de la hondura,  
llegaron a la médula de mi alma.  
y su beso invisible  
estremeció mis manos consagradas.

\* \* \*

Hoy también fue conmigo  
el alba;  
y en el alma, las ansias y los sueños  
— como entonces— cantaban.

Y fueron, otra vez, mis Catacumbas:  
tan sola estuvo mi alma!

Sola, como aquella alba, en el silencio  
de la Vía romana.

Sola, con mi recuerdo,  
mi amor y mi Hostia blanca.

## MIS MANOS

Mis manos que hoy alzaron tu Cuerpo sobre el mundo dormido  
y ahora escriben estas líneas para Tí, que me ves, y me hablas,  
[pero escondido

Y para qué, Señor, si Tú me entiendes cuando no sé decirte nada  
y yo siento el alma tranquila cuando sé que me envuelves tu mirada

Es que quiero, Señor, lavar todos mis versos con el agua clara  
de este recuerdo tuyo... y de mis manos que hoy  
[pusieron de nuevo tu Carne sobre el ara

Mis manos: están grandes ahora y sienten todo el frío de  
[este invierno romano  
... Ya no conocerías, madre, la mano que se santiguaba  
[dentro del tibio hueco de tu mano.

El mismo lazo blanco, uniendo dos días lejanos,  
perfumó de inocencia el aceite sagrado de mis manos.

Y ahora estas manos —que jugando con tierra eran dos  
[pequeñas masas ennegrecidas—  
limpiarán, absolviendo, todas las almas sucias y arrepentidas.

Mi mano, la misma que partía en la escuela un pedazo  
[de pan, comido con hambre y con alegría,  
partirá cada día, para el hambre de todos, el Pan de tu Eucaristía.

Y se darán a todos, hecho vida nueva, y pan, y bendición,  
fuerza para el alma y salud para el cuerpo, y dulzura y perdón.

Mis manos que se alzaron a Tí tantas veces, cuando estaba solo con  
[mis pecados, con mi inquietud y con mi tristeza,  
te alzarán cada día sobre el mundo dormido, y me  
[darán tu Cuerpo, tu Sangre y tu pureza.

Mis manos, que ofrecieron hoy la Misa: yo te las entrego:  
toma mi mano y llévame, Señor, como a un niño, como  
[a un niño ciego.

## MAÑANA DE MISA

La emoción callada  
honda y contenida  
por las pobres manos  
sobre el pecho unidas,

dentro de mi barro  
cae de rodillas  
y adora la humana  
presencia divina.

Y al sentir que vuela  
la dulce hora íntima,  
para prolongarla,  
mi Virgen, te mira.

Y te habla en voz baja. . .  
Bajo tus pupilas,  
dulces y profundas,  
las que me acarician

en las horas tristes  
sin luz ni sonrisa,

y en las tristes horas  
sin paz, me **vigilan**

Bajo tus miradas,  
dulce Madre **mía**,  
qué serena y suave  
se pasa la vida!

Clara, azul, serena  
mañana de **Misa**:

mínima Hostia blanca,  
pequeñez divina,  
que cabe en la lengua y  
llena la vida . . .

Qué me aguarda,  
Madre, en la calle  
**frivola**?

Yo sé que está llena  
de frases vacías,  
de miradas turbias  
y falsas sonrisas.

Y a las calles tristes  
oscuras y frías,  
yo quiero ir llevando  
mi Hostia ardiente y  
viva y la alegre aurora  
de tus dos pupilas:

por eso ante el borde  
de la oscura vida,  
prolongo en la dulce  
luz de tus pupilas

mi limpia y serena  
mañana de Misa.

## EL OTRO PAN Y TU MISMO

Señor Jesús,  
ya no pensaba que pudieras estar  
en unas pequeñas tazas de café,  
en el asiento humilde de un banco de madera,  
en el trajín de un comedor alegre,  
en la mano un cigarillo  
paseando por el patio.

Y ahora te he sentido así,  
profundamente;  
y he sentido el calor de tu mano  
cuando nos tomábamos de la mano  
todos los hermanos.

Y he pensado que, a veces,  
nos comemos para destruirnos;  
y ahora  
nos hemos comido los unos a los otros  
en Tí  
para construir contigo  
esta casa del mundo  
que no llamemos “mía” o “tuya”, sino nuestra,  
en la que nadie tenga miedo  
de entrar, y sentarse a la mesa  
en la que siempre estás partiendo el pan:  
el otro pan, y Tú mismo.

## COMUNIÓN ESPIRITUAL

Una campana brusca  
vibró de pronto en el silencio negro,  
hablándome de ti. De tu presencia  
en tu sagrario, esta mañana abierto  
—como un hambre divina—,  
y ahora cerrado —como un desconsuelo—.

Campana que ha juntado  
mi muda soledad a tu silencio,  
y te ha traído a mi escritorio solo  
y ha arrodillado mi alma desde lejos.

Y entre los dos —tu omnipotencia presa  
y oculta por un velo,  
y mi impotencia trémula y desnuda—  
hoy más que nunca siento  
surgir de las tinieblas de la vida  
y venir a mi encuentro  
todo ese mundo de almas torturadas  
que Tú, Señor, y yo reconocemos

(para Tí una certeza  
alegre o triste bajo un signo eterno,  
y para mí tan sólo  
la inquietud —niña ciega— de un misterio).

Y mientras en la fría  
cortina de la lluvia el mundo envuelto  
sólo oye el obstinado  
golpear de un agua triste sobre el techo,  
yo he oído los pasos  
de esas almas que vienen a mi encuentro:  
y al mirarme las manos  
vacías, tengo miedo  
—miedo de esa hambre inmensa que se acerca  
sus manos invisibles, en la noche tendiendo.

Tú eres el pan que sacia  
nuestra hambre de lo eterno.

Por eso mi vacío  
ante tu tabernáculo está abierto  
—entre los dos, el frío de la lluvia nocturna—

para comerte, Cristo, desde lejos!

## HAMBRE

Hambre de ti. Del Pan que otras auroras  
saciaba el alma.

De la presencia familiar que ya era  
—portento abrumador sin luz ni galas—  
tan natural al corazón hambriento  
como el humilde pan de la mañana.

Ya no sabía esta hambre.  
Y ahora que me faltas,  
se agranda un doloroso  
y asombrado vacío acá en el alma.

La noche que se fue dejó en mis labios  
una ilusión ingenua destrozada.  
Y al recorrer ese interior desierto  
sólo encuentro la sombra de mi alma.

Quién va a poder llenar esta alma ansiosa  
que Tú, Señor, llenabas?

Quién va a saciar el hambre humilde e inmensa  
que Tú, Señor, saciabas?

Adornaré el vacío  
de mi espera callada,  
y sentado a la puerta he de esperarte,  
con confianza obstinada,  
sin importarme el tiempo que se esfuma  
ni las aguas que pasan.

Acaso Tú no sientes el vacío  
de la doliente ausencia de mi nada  
ni hay en tu corazón la mordedura  
de nuestra hambre lejana?

## VISITA AL MONUMENTO

Heladas sombras  
y sombras tristes y quemadas vagan  
por las calles medrosas  
después de que se han muerto las campanas...

El mejor "monumento"...: este paisaje  
de tierra desolada,  
barrida  
como mi alma.

Donde duele el gemido de las luces  
rojas de sangre y lágrimas.

Tristeza de no verte. De sentirme  
tan solo, que me duelen las miradas  
que cruzan a mi lado  
tan extrañas.

Bajo ese hosco paisaje  
sudarás sangre, y cruzará tu cara

el indecible beso...

Tengo miedo de verte en la mañana!

Y porque sé que tienes miedo y tedio  
y una tristeza mortalmente amarga,  
aquí quiero dejarte mi ternura  
y mis dolidas ansias,  
como un aceite suave que se quema  
en el dolor de una callada lámpara.

## MEJOR ASÍ

Mejor así: que en vez de esas pupilas  
que a todos encendieran,  
pueda sentir tras de los velos mudos  
y de las puertas ciegas,  
tus ojos, que en el fondo de mis ojos  
a mí solo me queman.

Que en vez de que tus manos me acaricien  
con fugaz roce, entre la turba inquieta,  
pueda sentir las siempre  
sobre el hielo, la fiebre y la tristeza  
de mi frente, al hundirla  
en la desolación de tu presencia.

Mejor así: que en vez de las palabras  
que el mundo estremecieran,  
tu silencio me deje  
hundirme en estas aguas sin riberas,  
y sentir tus palabras  
como si de mí mismo me nacieran.

## PROCESIÓN

Rey silencioso y manso  
que desde el blanco disco  
de una pobre custodia  
reinas sobre silencios, murmullos y suspiros...

Pero, quién sino Tú puede reinar  
sobre desnudos gritos  
y palabras ahogadas,  
sobre rotos suspiros,  
sobre silencios húmedos  
y quemados delirios?

Te han bajado del trono  
y la gente apretada abre un camino...

Pero, quién sino Tú puede avanzar  
entre harapos de amor estremecidos  
y palabras de ardores balbucientes  
y dedos ateridos  
que estrujan corazones invisibles  
y silencios heridos,

y ojos desnudos un furtivo instante  
y blancuras de niños?

Una vuelta a la iglesia  
—breve, oscuro camino—...

Pero, quién como Tú ha pasado nunca  
sobre el asombro mudo de los siglos,  
sobre flores recientes  
y corazones vivos?

Te han guardado de nuevo  
y el templo va a quedar mudo y dormido...

Pero, quién como Tú puede guardar  
junto a tu tabernáculo, prendidos  
los anhelos insomnes  
de tantos que partimos,  
dejando entre las sombras el recuerdo  
y el amor encendido?

## VISITA

Y en esta grande sombra abandonada  
estás tú, y no te has ido?

Quién se hubiera quedado  
fuera de tí, Dios mío?

Al encontrarte tan callado y solo  
y olvidado y transido,

yo te traigo los mundos  
en mi sueño cautivos:

del mar —y oscila sobre negras olas  
tu luz, como del mástil de un navío—;

la noche azul con sus espigas de oro  
y su silencio abierto al infinito;

las cumbres en que sueñan  
los locos, los poetas y los niños.

Y algo más grande y hondo  
y vivo, y dolorido:

el hambre de los hombres, que no saben  
que es hambre de infinito.

Todo eso quiso el corazón traerte  
y arrodillarlo aquí, mudo y rendido.

Pero no tengo nada  
y estoy solo contigo...:

y así te doy mis sueños imposibles,  
mi corazón ardido,

mis manos juntas que quisieran darte  
calor, consuelo, alivio

y mis ojos que lloran  
porque estás solo y triste, y tienes frío.

## PARA MAÑANA

Hoy, estas lágrimas ardientes  
que me quemaron el corazón,  
sobre el lienzo blanco en que mañana  
te inmolarás, Amor!

Así habrá también algo mío  
en la divina inmolación:  
en el lienzo mis lágrimas  
y en el cáliz tu sangre y tu dolor.

Así, en el agua azul del ofertorio  
creerá hallar mi ilusión  
cayendo sobre el vino rojo  
esta sangre de hoy del corazón.

Y al levantar sobre mi carne indigna  
tu cuerpo fulgurante de candor,  
me lavarán el corazón mañana  
mis lágrimas de hoy.

## LLAMA

### CANTO LA CITA

Cuando me vino a despertar la aurora,  
mi corazón, cantando, ya esperaba  
—mientras dormía el mundo—  
esta cita contigo esta mañana.

—Aquí mi corazón que ayer —recuerdas?—  
en la lucha sangraba;  
el dolor de mi vida adolescente  
y mi ilusión intacta.

Tú sabes bien con cuanta sangre se hizo  
esta flor blanca  
en que palpita ardiente  
toda mi juventud enamorada.

Y me dijiste: —sabes  
con cuánta sangre se hizo esta Hostia blanca  
en que me entrego a tí, con una entrega  
eterna, sin ayer y sin mañana?

Y en el silencio puro de la aurora  
hablamos en voz baja  
de esas cosas secretas que no sabe  
repetir, pero guarda, adentro, el alma.

Tu blanco, oh Cristo!  
tu blanca lumbre me quemó la boca,  
tu vivo incendio blanco  
que abrasa cuanto toca.

No un aterido pan pálido y frío  
dentro de un tabernáculo asfixiante:  
sangre del Corazón, en olas vivas,  
blanca llama quemante.

Tu pan, inerte albura para el triste  
que te niega o que duda,  
dulce fuego terrible para el alma  
que te recibe estremecida y muda.

Tú sabes que en mi ser hay tantas cosas  
que esperan aquel fuego  
que mata y vivifica.  
Y comprendes la angustia de mi ruego.

Quema en mi carne con tu fuego blanco  
todos los fuegos rojos,  
para que tu pureza ardiente y fúlgida  
arda y brille en mis ojos.

Y me vaya, Jesús!, por esas sombras  
y el frío del camino,  
con el incendio oculto y desbordante  
de tu Cuerpo divino!

## MAÑANA SIN COMUNIÓN

En vano el día nuevo  
bruñe la plata azul de la mañana,  
y enjayan los caminos  
los húmedos collares tempraneros del alba:

el corazón es ánfora vacía  
llena sólo de atisbos y esperanzas,  
y están solos y fríos  
los húmedos caminos mañaneros del alma.

Ha de venir el sol  
sobre el puñado alegre de pájaros del alba;  
mas hoy no ha de alumbrar  
el puñado de pájaros silenciosos de mi ansia.

Se va a quedar mi puerta  
de par en par abierta hasta mañana,  
para que no te olvides cuando pases  
que mi vida es un hambre que te aguarda.

Me va a saber mi pan hoy a ceniza  
sin el vivo sabor de tu Hostia blanca,  
y mi vino a las hieles de los mundos  
sin el vino endiosado de tus aras.

Y me voy a guardar en muda espera  
mi hambre, mi sed, mi amor y mis palabras  
pues no puedo decírtelo al oído  
en mí, como en felices madrugadas.

Y mi camino no tendrá tus huellas  
Señor, hasta mañana:  
que huellas que no son tuyas ni mías  
no vengán a manchar mi espera intacta!

Y me comí en tu Pan la dulce hondura  
de tu presencia dentro de mi carne.

Y hemos hecho de nuestras inquietudes  
una paz, y de nuestras soledades  
una sola presencia, sin palabras  
ni lástimas de hombres que no saben.

## DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

No me tengas! No quiero. Quiero irme  
donde nadie me vea. Nadie. Nadie.  
Donde devore solo mi amargura.  
Solo. Con soledad. Sin luz ni aire.

Déjame! Lejos. No sé en qué lejanía,  
sin voz, sin ojos, con dolor y sangre,  
he de comerme mi inquietud yo solo,  
sin lástimas de hombres que no saben.

\* \* \*

Y me dijiste: y sabes tú qué ansias  
tengo que devorar en esta cárcel,  
solo —con soledad y lejanía—  
sin lástimas de hombres que no saben?

\* \* \*

Y qué iba a hacer comiéndome yo solo  
mi soledad, bebiéndome mi sangre?

## LÁMPARA

Lámpara humilde, fiel y diminuta,  
luz con sangre de aceite y de silencio.

Cuando luces violentas  
ungen la voz del órgano  
y el opaco latido de las multitudes,  
y es la tienda de siempre, alucinante  
fantástico palacio de mil almas,  
en tu ángulo olvidado  
eres un punto mínimo de silencio y de sombra  
(sombra . . . pudor de amigo  
que te esconde a la hora fulgurante).

Pero cuando la tienda es otra vez el frío  
y triste desfilar de mudas sombras,  
tu luz —como una herida  
abierta en el costado de la noche  
y ungida con aceite y con silencio—  
abre su parpadeo intermitente  
—única vida en frente de la vida—:

fidelidad que vuelve, de la mano  
del silencio y la sombra.

Lámpara humilde, fiel y diminuta,  
luz con sangre de aceite y de silencio,  
qué bien te han enseñado  
el fiel pudor del corazón amigo!

—pudor que esconde a la hora fulgurante,  
y en la tienda de siempre,  
frente al cruzar monótono del tiempo,  
luz sabrosa de aceite y de silencio,  
viva fidelidad que parpadea  
junto a la diaria soledad en sombra!—

## SI SUPIERAS SEÑOR

Si supieras, Señor, qué bien has hecho  
en dejar que plantemos con nosotros  
tu tabernáculo  
—tienda humilde y pequeña de palos y de telas—  
junto a todo camino!

Si queremos llevarte,  
te vienes con nosotros;  
y —humilde y silencioso—  
esperas tu lugar entre los tuyos:  
una llama, un silencio,  
dos amigos que hablan.

Oh, si no fuera así! Si no fuera por esa  
pobre tienda de palos y de telas,  
qué remedio tendríamos  
a la desesperación y al abandono?

No te vas si nosotros no te echamos.  
Depende de nosotros solamente

el hallarte en tu puesto:  
una llama, un silencio,  
dos amigos que hablan.

\* \* \*

El que ve en torno suyo  
—con una especie de infinita repugnancia—  
baba de odio o calumnia,  
y siente que le muerden —invisibles—  
tristes bocas anónimas,  
si no estuvieras Tú, dónde hallaría  
un apoyo a su fe y a su esperanza?

Cuando estamos más solos con nuestra cobardía,  
cuando nadie podría comprendernos,  
a quién iríamos a contar —con palabras cortadas,  
inconexas, absurdas,  
que ni nosotros mismos sabríamos decirnos qué tenemos—

si no estuvieras Tú, si en tu silencio  
no sintiéramos que se ordenan las palabras,  
y en las tinieblas mudas  
pasa una dulce luz llena de voces  
que nos hace encontrarnos finalmente  
dos amigos que hablan?

Cuando la risa tísica del mundo  
a su bilis de enfermo  
quieren caer sobre mi vida joven,  
yo me voy a tu tienda  
y no te digo nada.  
Sólo estamos los dos.  
Lo demás, qué me importa?  
(Una llama, un silencio,  
dos amigos que hablan . . .  
Cómo se puede conversar contigo  
sin decirte palabras!)

\* \* \*

Sin embargo es tu tienda tantas veces  
una llama, un silencio,  
y un inmenso abandono.

Hoy que siento todo esto,  
hoy que sé que tu tienda  
es el solo refugio en mi camino,  
yo te pido, mi Amigo,  
que no deje por nada de la vida  
esa tierra pequeña y silenciosa.

Si supieras, Señor, qué bien hiciste en  
ser para nosotros todo esto;  
una llama, un silencio,  
y un amor que no acaba!

## VIÁTICO AL CAMPO

Nos despiden las campanas:  
se va conmigo Nuestro Amo.

Yo voy con mi poncho azul,  
El va vestido de blanco,  
El va dando bendiciones  
y yo le voy adorando.

Los que contigo anduvieron  
por este mundo tres años  
nunca pudieron llevarte  
sobre su pecho, viajando!

Los dos vamos silenciosos  
al paso de los caballos.

Sólo habla la campanilla  
rezos, sonrisas y cantos  
que van diciendo a las cosas:  
“está pasando Nuestro Amo!”

Los cañaverales rizan  
su verde alfombra a su paso,

y mueven en fresco aliento  
sus grandes hojas los plátanos.

Y de olor de anís, de pronto  
todo el aire se ha impregnado,  
mientras el río nos canta  
su limpio canto lejano.

De rodillas en el suelo  
las gentes nobles del campo  
lo ven pasar, se persignan  
y murmuran: “alabado! . . .”

Unas niñas se arrodillan;  
al hombro llevan su cántaro;  
esa agua es agua bendita  
porque el Señor la ha mirado.

\* \* \*

En la choza de ña Paula  
—toda adornada de blanco  
y salpicada de flores—  
Nuestro Señor se ha quedado . . .

\* \* \*

Ya no habla la campanilla  
ni dicen nada los pájaros;  
el silencio se ha dormido  
al paso de los caballos.

Compáe José se arrodilla  
para besarme la mano.

Cómo me limpió la vida,  
Señor, tu blanco contacto;

y al pobre cura de villa  
cómo le hablaron los campos!

## EL VERSO DEL FIN

Y al final te entregué,  
el herido gozo,  
el huyente verso  
de mi sangre —rojo—.

No palabras, músicas . . .  
sino sangre sólo,  
dicho con los labios  
de la herida, rotos.

El más claro y breve,  
el eterno y hondo  
que en silencio ardiente  
te lo diga todo!

## II

### Serenata a la virgen

## SERENATA A LA VIRGEN

En la muralla azul del infinito  
por la que trepan bugambillas blancas,  
han abierto los ángeles  
una breve ventana,  
una sola:  
el lucero del alba.

Por ella asomas tú, Virgen María,  
a la noche extasiada,  
a esta noche que en sus ojos tristes  
ya tiene el sueño pálido del alba.

Sólo tú asomas, Virgen: es tan breve  
la ventana!

Los ángeles se van, se va su música . . .  
Y sola vez la inmensidad callada:

el mar, que ha de pintar de azul la aurora  
con su brocha encantada;

las platas indecisas de los ríos,  
el incierto perfil de la montaña:  
esa vaga belleza de las cosas  
que parece que brotan de la nada,  
puras, desnudas, trémulas,  
asombradas.

Lleve un silencio vago y misterioso  
desde no sé qué alturas ignoradas. . .

Y me da miedo de templar las cuerdas  
de mi guitarra  
que en el beso del alba y de la noche  
tiene no sé qué extrañas resonancias.

De pie sobre la pálida hermosura  
que silenciosa ves de tu ventana  
y que tú haces más bella  
con tu pura mirada

y el resplandor que brota  
infantil y divino de tu cara,  
solitaria se eleva,  
Virgen, mi serenata,  
bajo las bugambillas caprichosas  
del lucero de alba.

## VIRGEN DEL MAR

Virgen del mar, escriben aquí tu dulce nombre  
un blanco triángulo distante,  
las montañas azules que mueren en la playa,  
las inmóviles alas de los alcatraces.

Virgen, tu nombre, hundido con las redes  
bajo las olas rojas de la tarde,  
lo pondrán a secar los chicos de los pescadores  
con sus redes, al aire.

Virgen que, con la vela que en la choza  
del pescador ante tu imagen arde,  
enciendes en la noche las estrellas  
sobre la barca que los tumbos barren.

Virgen del marinero que en la noche  
llena su pipa de un acre  
tabaco de abandono y tedio,  
y mirando el humo que se va, murmura: madre.

Sobre este potro azul de crines blancas,  
un Arcángel  
trae en sus manos para tí un saludo  
en la rosa de la tarde.

## NO DE UN JARDÍN

No de un jardín de flores delicadas  
que cuiden pulcras manos;  
no de la tenue luz que filtran  
vitrales raros;  
no de la paz, del íntimo silencio  
de un templo solitario:

no. Yo te canto, Madre  
desde esta calle pobre de mi barrio  
por la que van du: os hombres  
silenciosos, gritan niños descalzos  
con el juguete que les dio la lluvia  
de ayer: estrellas en el charco.

En esta calle pobre me arrodillo  
yo también en el barro;  
recojo, para alzarlo hasta tu pecho  
en la arcilla morena de mi canto,  
este grito confuso de la vida,  
la vida y el dolor de mis hermanos.

De la mujer que espera, con temor y con lágrimas, la  
vuelta del marido borracho;  
del hombre sin empleo que se siente menos hombre  
y mira con odio la tenaza inútil de sus manos;

de la niña que va llevando rotos sueños  
en la canasta del mercado;  
del enfermo que masca  
sus soledades como un pan amargo.

Arrodillado en esta calle pobre  
de mi barrio,  
de mi boca se van estas abejas  
torpemente zumbando  
a la colmena de tu pecho, Madre:  
tú harás que al dolor de mis hermanos  
mañana vuelva el eco  
de la miel de tus labios.

## ESTAMPAS

Me siento en este umbral en tu presencia  
ahora que estoy solo y tengo tiempo,  
y voy sacando, uno por uno,  
del corazón los recuerdos,  
como el chico que saca del bolsillo sus estampas  
y las va ordenando en el suelo.

Y ahí estás tú siempre: está tu nombre  
escrito con mi dedo  
torpe de niño,  
y con mi corazón de adolescente, trémulo:  
con tierra, con música, con lágrimas,  
con luceros.

Y mientras voy guardando mis estampas,  
te veo,  
y pienso en el presente, en esta angustia  
del mundo que tiene todo, y tiene miedo;  
con sus juguetes de cuerda que lanza hacia la luna,  
y la muerte que juega entre sus dedos;  
soñando en hombres raros de otros mundos,

y sembrando, para los de este propio suelo,  
una siembra maldita  
de amargura, de odio, de recelo.

Y pienso en los de abajo:  
la mujer del obrero  
que lava en el río su propia soledad y las ropas ajenas:  
el limpiabotas huérfano  
que guarda en el cajón, junto a la bacerola,  
dolorosos recuerdos;  
la muchachita tísica  
sin novio, sin fiestas y sin sueños:  
estos pobres que pagan en su carne  
todos los agoismos ciegos.

Y te ofrezco mis manos  
para rogar por ellos:  
pongo mis manos rudas y manchadas  
junto a tus manos puras: finos dedos  
—las solas flechas  
que al Corazón de Dios llegan derecho—.

Sentado aquí, como el muchacho pobre  
que conversa en la noche con su madre junto al fuego,  
yo me siento más cerca de ti, mi dulce Madre,  
y más cerca de ellos.

## CON ESTAS POBRES PIEDRAS DEL CAMINO

Desde el rincón anónimo, los ojos  
clavados en el cielo  
tan lejano y tan alto,  
pero, por un milagro de tu amor materno,  
tan cercano a mis ojos que parece  
como un puñal clavado dentro de ellos  
—el cielo azul y triste de tus ojos—

Madre, tan Madre mía!, yo te ofrezco  
este rebaño que he venido arreando  
desde el lejano suelo  
del que, como los locos y los niños,  
me siento un poco dueño. . .

Este rebaño que parece inmóvil  
pero, bajo la luz de los luceros  
se pone en marcha si sobre él alienta  
el viento ardiente de un amor y un sueño:

ojos de once lagunas que en la tarde  
beben nostalgias, sombras y silencio.

Cumbres en las que se hacen nieve  
los suspiros del hombre y sus anhelos.

Ríos que son sólo el secreto símbolo  
de nuestra ansia que marcha hacia lo eterno

Páramos en que canta su elegía  
la soledad del huérfano.

Mil árboles que son como nosotros:  
amarrados al suelo,  
creciendo en savia de dolor y sangre  
hacia la altura del azul sereno.

Y el rebaño pequeño de mis días.  
Te acuerdas? Conocieron  
la luz en esa estrella  
del alba de tus ojos buenos.

Cuando la sangre me encendió los pulsos y  
el horizonte se quemó de sueños,  
ellos le abrieron cauce de blancuras,  
de la ardua lucha en el dolor secreto.

Ellos, con su tristeza y su esperanza,  
una mañana limpia me dijeron  
que era mi vida, de una hostia blanca  
el pobre surco abierto.

Ellos vendaron mis secretas penas,  
besaron mis oscuros desalientos,  
cavaron mi miseria, a que brotara  
agua para la sed en marcha al cielo.

Yo tenía otra madre: una mañana,  
con su mantúta negra, su silencio,  
con su paso menudo, su sonrisa,  
—una mezcla de lágrimas y besos—  
se fue a rezar . . .  
y no volvió; qué negro  
se me volvió el camino de la vida!

Pero volviste tú: manto de cielo,  
clavos, espinas, pero con tus ojos:  
desde entonces, en ellos  
dos miradas de madre me contemplan,  
dos miradas y un solo amor inmenso.

Todo esto, Madre, yo he venido arreando,  
pastor desconocido, desde lejos.

No tengo, Madre, una corona de oro:  
mas te coronó, yo también, con esto:  
con estas pobres piedras del camino  
que tienen del amor vivos reflejos.

En nombre de los tristes, de los pobres,  
del mirar dolorido del enfermo,  
de la quena que quiebra  
del páramo el silencio,  
y del mirar, absorto en lejanías,  
de los huérfanos.

En nombre de ellos, Madre, esta corona  
de lágrimas y besos!

## TODO, VIRGEN ME DICE

Todo, Virgen, me dice que este polvo  
besó tu planta breve, dulces horas:

el fulgor que despierta  
en la frente callada de la aurora,  
el violín de los pájaros  
y la mejilla niña de la rosa,  
la guitarra nocturna de los vientos  
y la flauta de amor de la paloma.

El cielo que se abre  
en la mirada de esa niña sola,  
y ese temblor de estrellas que palpita  
de la canción del hombre en cada nota.

Todo me dice que te fuiste al cielo  
llevada por los ángeles, radiosa:

esas huellas pequeñas que en la nieve  
dejan los pies descalzos de las sombras;  
la pálida palabra de la luna

y la canción de espuma de la ola;  
la breve cruz del águila en la altura  
y el vuelo vertical de la gaviota.

La canción en sordina  
del niño entre las sombras, que solloza;  
y la tenaz mirada hacia la altura  
del que no cuenta a nadie por qué llora.

Todo me dice, Virgen, que nos miras  
del alto azul, de una ventana absorta:

la fragancia secreta de la noche,  
las estrellas curiosas;

los ríos de nostalgia de la tarde  
y el melodio pequeño de la tórtola;

el silbido que sigue a los rebaños  
de las nubes, Pastora;

tu rostro que nos quema las pupilas,  
tu nombre que nos duele en la memoria;

en la torre de nuestras esperanzas,  
tus pupilas, palomas.

## MARÍA

Nombre que entre sus dientes trae el alba  
como un ramo de menta campesina,  
despertando los cantos de los pájaros  
y del agua más niña.

Nombre para decírselo en voz baja  
sola el alma a sí misma  
—sola con sus anhelos y sus sueños  
sus cadenas y heridas.

Nombre que arroja contra los peligros  
el alma vuelta niña:  
y le responde, del terror, un eco  
de esperanza divina.

Nombre que, al golpear dentro del alma  
en el agua dormida,  
van a besar los círculos concéntricos  
las eternas orillas.

Nombre que vaga y ríe entre los labios  
de la infancia dormida:  
así, entre mis callados labios vague  
en el último sueño de la vida!

## SILENCIO

Vaso lleno tu alma  
de silencio.

Arrimado al callar de Dios, treinta años  
creció con los rosales de tu huerto,  
tu sonrisa abismada  
y el absorto mirar del Carpintero.

Y el rocío celeste iba bajando  
cada vez más adentro,  
porque era más profundo cada día  
tu silencio.

Vaso lleno tu alma  
de todas las Palabras del Maestro  
que sólo guardó intacto  
tu encantado silencio.

Y cuando al fin alzaron  
la Víctima callada en el madero,  
era tan vasto y hondo  
tu silencio,

que cupo en él el mar de aguas amargas  
del abismo desierto  
que fue tu corazón solo, perdido  
de la vida y la muerte en el lindero.

Y cuando en la tercera aurora  
te sonrió, todo tu gozo inmenso  
quedó ardiendo en el vaso de alabastro  
de tu puro silencio.

Vengo a pedirte, Madre, que me enseñes  
el fecundo callar de los que hicieron  
a su alma un muro, por que sólo entrara  
la Voz que sólo suena en el silencio.

Y arrodillo ante tí, vaso colmado  
del canto puro y del callar del cielo,  
el vaso absorto y solo  
de mi pobre silencio.

## BAJO TU MANTO

Jugar bajo tu manto,  
cansado de la gente y de los libros,  
lejos de todas las sabidurías,  
los palacios, los títulos. . .

Como los chicos pobres que se mojan  
en el agua del río,  
mojarme el alma con tus dulces ojos  
que otra vez me hacen niño.

Poner bajo la sombra de tu manto  
mi vida y mi camino,  
y encargarme en tus manos bondadosas  
como un juguete frágil mi destino.

Y saber que mis manos serán fieles  
pues jugaron contigo,  
y porque sonrieron en tus ojos  
mis ojos, serán limpios;

y porque descansó sobre tus brazos  
está pronto mi amor al heroísmo.

Orar? Jugar cantando,  
a tus pies, como un niño.

## EL RAMO PEQUEÑO

Este ramo pequeño  
va a marchitarse aquí a tus pies, María:  
son tan breves las flores  
y la vida!

Si la fragancia es tuya, qué me importa  
donde lo tiran?

Es la fragancia agreste  
de mi alma arisca:

es la tristeza de mirarse,  
de saberse mezquino.

El ansia de volar, y ser las alas  
tan débiles y tímidas,  
y tan duros los vientos  
y tan altas las cimas.

Es todo ese ideal que cuaja en lágrimas  
rabiosas, escondidas,

y en miradas hambrientas  
y en furtivas sonrisas.

Y es, sobre el trapo de la vida vieja  
sórdida y carcomida,  
la esperanza que canta  
con voz de niña.

Es eso lo que sube hasta tu rostro  
y que tú aspiras,  
es eso lo que sube para siempre,  
al dejar el cadáver de estos días,  
en el ramo pequeño,  
a tus plantas, María!

## LETANÍAS

A través de los mil brazos oscuros  
del árbol de la noche, me llegan  
—música incierta— las letanias que te canta,  
de rodillas, la tierra:

vaso lleno de perfumes de las flores  
que, para dormir, se cierran;  
garganta de los pájaros pequeños  
y ala del águila, sola, en soledad verdadera;

reina de la margarita de un día  
y del árbol milenario de la selva;  
del surtidor, cristal que quiebra el viento  
y del amargo azul que se traga las tormentas;

del ala de la sombra en que las cosas conversan en voz baja,  
y del alto silencio de la estrella.

\* \* \*

Y de mi corazón solo van subiendo  
—música más lejana, más incierta—

las letanías que te cantan  
mi amor y mi miseria:

ojos que me reprochan mis huídas  
y limpian la mancha de la tristeza;

manos que me detienen al borde del abismo  
y acarician, curando, mis heridas abiertas;  
manos que sueltan a los pájaros locos de mis sueños  
y abren los ojos a mis ansias ciegas.

Reina cuyo pie pequeño  
quisiera que estuviera siempre sobre mi cabeza.

Reina de mis canciones, de mis sueños  
y de mis gritos solos en la noche negra.

Y, al escuchar de estas dos letanías lejanas  
las músicas inciertas,  
pasas tus manos sobre el rostro extático  
de la tierra,

y tu mejilla maternal descansa  
sobre mi frente sola que te sueña  
y sobre las letanías que te cantan  
mi amor y mi miseria.

## SOBRE TU PIE DESNUDO

Inclinada hacia mí, como si fueras  
a comenzar un vuelo  
que insinúa tu manto  
estremecido por el viento.

En las palomas quietas de tus manos  
se ha escondido la angustia de un misterio.

Y tus ojos oscuros son tan tristes  
y tan bellos  
como el cielo caído  
en la tristeza amarga del océano.

Y guardan —rosa matinal intacta—  
tus labios entreabiertos  
una sonrisa pura, dulce y triste  
como un niño con miedo.

Y sólo sé que toda la ternura  
de mi alma de huérfano  
sobre tu pie desnudo se ha dormido  
como invisible beso.

## ROSARIO DE LA AURORA

Angeles madrugadores al Rosario:  
en la calle de arriba, el infinito  
—las alas enfundadas en azul—  
van llevando sus cirios encendidos.

En la calle de abajo,  
sin alas, con un poncho pequeñito,  
los ángeles del barrio  
tiritando de frío.

Cuatro hileras —de estrellas y de ceras—;  
un negrito  
que va haciendo caer sus flores blancas  
y dos niñas meciendo un brasero suspendido.

En las andas va la Virgen, balanceándose  
con movimiento rítmico.  
Ya conoce los nombres de las calles  
y sabe donde viven sus amigos:

aquí, esa muchachita enferma  
de labios florecidos;

allá, el taller en que su dulce imagen  
tiene en el duro bregar los ojos fijos.

Y mientras va pasando  
va murmurando nombres con cariño:  
es que está disimuladamente bendiciendo,  
no es que tiemblen sus manos por el frío.

Las cosas tienen formas irreales,  
tienen miedo los ruidos,  
y parece que hubiera sobre el mundo  
sólo ángeles y niños.

En la acera, arropado por las sombras  
está un hombre tendido:  
la Virgen lo cobija  
con su mirada triste, como a un niño.

El mundo ha ido, lentamente, despertándose  
—carros, ansias y ruidos—  
y se han ido los ángeles de arriba  
apagando sus cirios.

Pero tú seguirás, mi Madre, balanceándote  
—llevada por ángeles y niños—  
al ritmo de mi vida,  
en esta calle oscura de mí mismo.

## ROSARIO

Cincuenta gotas puras en que tiembla  
tu gloria, tu dolor o tu alegría,  
y que fecundan el desierto triste  
de mi alma, Madre mía!

Bandada de cincuenta aves ansiosas  
que en tu regazo van a hacer su nido,  
y en que vuela, con alas de esperanza,  
m corazón herido.

Que baje siempre a mi alma ese rocío  
cuando abre el alba sus azules ojos,  
o vuele a tu regazo esta bandada  
de la tarde en los cárdenos despojos!

## REINA DEL CAMINO

Virgen María, Reina del camino:  
tu sustituto, llevado por tus manos,  
se pone, hoy, en marcha, peregrino  
en el servicio humilde a sus hermanos.

Solo tiene una meta: ser testigo  
–llama ardiente de amor, siempre encendida–  
del único Señor, Maestro, Amigo,  
con la Palabra fiel y con la vida.

Quiere ser eco fiel de tu llamada  
que alzaron –jubilosa y fiel bandera–  
los tres niños de Fátima, anhelada  
promesa de una nueva primavera.

## VIRGEN DEL COLEGIO

Al claror indeciso de la aurora  
te mira la ventana de mi cuarto,  
porque comienza, Virgen, la mañana  
en el girón de aurora de tu manto.

Si se me vuelven árido desierto  
la vida y el trabajo,  
tú le ofreces, palmera de mi oasis,  
tu fresca sombra el corazón cansado.

Qué haces, así, los brazos siempre abiertos?  
—“Esperando . . .”  
Qué hacen siempre inclinadas tus pupilas?  
—“Contemplando . . .”

contemplando en el agua el fugaz beso  
de unos rostros queridos que pasaron;  
esperando el surgir, ante mis plantas,  
de una ola de cantos”.

En el negro desierto, sin estrellas,  
del alma y el espacio,  
para encontrar el cielo, tú me bastas  
Estrella que palpitas en mi patio!

Cuando, muy lejos, sienta que la vida  
cubra de sombras mis recuerdos claros,  
vendrá a buscar de nuevo la mañana  
en el girón lejano de tu manto.

## PLEGARIA A LA VIRGEN DE FÁTIMA

Virgencita de Fátima, que dejas  
en tu nave las playas lusitanas,  
te saluda el pañuelo de mi canto  
de esta playa lejana.

Bendita, porque abandonaste  
la tierra con la huella de tus plantas,  
para ser, de una nave aventurera  
Capitana.

Desde la borda de la nave, mira  
cómo corren las olas a tus plantas  
y cómo saca el mar este murmullo  
de su ronca garganta.

Cómo se empeña en aquietar sus locas  
olas desmelenadas  
para acunar la nave en que sonrío  
tu asombrada mirada.

Ven a la proa; para verte saltan  
esas espumas blancas

y lanza el mar sus peces voladores  
—breves flechas del agua—.

Te arrulle en tu camino  
la música del mar, honda y extraña,  
con su orquesta de olas y de vientos  
y de voces ahogadas.

Extienda el sol que muere  
líquidos oros frente a tu mirada  
cuando, en la popa, busques, en la bruma,  
tu Iría lejana . . .

Descansen las gaviotas  
—las palomas del mar— sus alas blancas  
sobre tus hombros, para alzar el vuelo  
otra vez, y volar sobre tu barca.

De noche, cuando floten peces de oro  
en el agua extasiada,  
en la canción del aire marinero  
te llegue mi plegaria.

Y salgan a tu encuentro  
cuando copien tus ojos nuestra playa,  
mil gaviotas, y entre ellas, el pañuelo  
de mi alma que aguarda.

## EL CÁNTARO

Beber el agua de tus ojos, Madre,  
de rodillas.  
Guardar esta agua azul de tu mirada  
que brota dulce y limpia,  
en el cántaro negro de mis ojos  
para la sed del día.

Marcharme por el polvo del camino  
al sol y la fatiga,  
entre gentes extrañas,  
bajo miradas frías,  
llevando en la garganta y en los labios  
árido el verso y la canción marchita.

y devolver a la canción y al alma  
la frescura y la vida  
bebiendo el agua azul de tu mirada  
a sorbos... y a escondidas.

Y poner, otra vez, ante la fuente  
azul y cantarina,  
para la sed que volverá mañana  
el cántaro vacío, de rodillas.

## VIRGEN DE MI MESA

Alzo los ojos, tristes  
del lodo de este mundo falso y tísico,  
hasta el jirón de aurora de tu manto  
—breve y tímido—.

Y me salta en los ojos  
un gozo nuevo y limpio,  
un gozo de mañana que comienza,  
de cielo sonreído.

Y mis labios amargos  
vuelvo a tus labios niños,  
dulce Niña María de mi mesa,  
sonrisa de candores infinitos.

Y una limpia frescura  
y una dulzura de panal y nido  
van cuajando en mis labios  
este verso infantil para tu oído.

Las golondrinas locas de mis sueños,  
de mis anhelos y de mis cariños,

se vienen a esconder bajo el alero  
de tus párpados que unen, escondidos  
el candor de la virgen y la absorta  
inocencia del niño.

Y la dulce visión de agua serena  
—fugaz azul reflejo de infinito—  
de tu imagen, está lanzando siempre  
en mi mesa su chorro alegre y limpio:

agua para lavarme las pupilas,  
para alegrar el corazón dolido  
y levantar en sus azules ímpetus  
mi alma ansiosa de amor, al infinito!

## NUESTRA SEÑORA DE LAS LAJAS

Señora de las Lajas,  
luz de la roca trágica y desnuda,  
sonrisa de los cielos, florecida  
sobre las lajas de la piedra oscura:

clava tus ojos negros,  
hasta que en las entrañas se me hundan:  
tus ojos que embalsaman  
mis ansias, mis tristezas y mis dudas.

Sobre la peña negra en que sonrío  
tu punzante dulzura,  
huellas de ojos, de lágrimas, de voces  
aún murmuran. . .

El río lanza en luminoso vértigo  
sus aguas de la altura,  
para subir, en oración de piedra  
sus aladas espumas:

agua y plegaria, corazón y piedra  
hecha ascensión de encajes y blancura;  
y el vuelo ansioso del amor, que tiembla  
en las altas agujas.

. . . Un vuelo de palomas mensajeras  
pasa sobre la espuma  
junto a mi corazón, preso en la laja  
en que mi soledad se hizo dulzura:

llevan tu nombre con sabor de piedra,  
de sollozo y de amor, de agua y de luna!

## VIRGEN DE LA TARDE

El esfumino de la tarde ha dado  
al paisaje una gris melancolía.

El silencio del campo —niño ciego—  
ha venido de mano de la brisa,  
para pasar frente a la noche, extático,  
oyendo las estrellas que titilan.

Y me arrodillo solo  
frente a tu imagen, blanca Virgencita,  
Señora de la tarde, de esta tarde  
callada y pensativa.

Cuando mi corazón está transido  
de frío, soledad y lejanía,  
y no tengo más luz para mis ojos  
que tus dulces pupilas.

Y es tan dulce estar solo  
cuando sé que eres tú la que me miras,

y agradecerte por la casa humilde  
de tierra en la que habitas:

simplemente porque eres Tú quien llenas  
esta hora vacía;  
porque en el fondo de esta gran penumbra  
están tus dos pupilas;

porque puedo dejar la tarde muda  
en tus manos unidas,  
y mirarte, mirarte, hasta que llene  
tu dulce luz la sombra de mi vida.

## VIRGEN DE MONTENERO

Virgen de Montenero,  
en tus ojos de Madre  
han dejado tus hijos el reflejo  
de sus ojos: intactos o enturbiados,  
mas, delante de tí, siempre sinceros.

Los ojos limpios  
de tus hijos pequeños.

Y los ojos cansados,  
apagados y tristes de los viejos,  
que tienen toda la tristeza humilde  
de los ojos de un niño que está enfermo,  
pero, al mirarse dentro de tus ojos,  
se alegran, como el cielo  
cuando en la sombra fría de la tarde  
brilla el primer lucero.

Los claros ojos  
limpios y llenos  
de la bondad agreste de la tierra

y de la abierta limpidez del cielo,  
los de tus hijos simples de estos campos  
que piden cuides con tus ojos buenos  
“nuestros campos arados, las colinas  
enguirnaladas” de tu Montenero.

Y los ojos ansiosos  
de tus hijos enfermos  
que vienen a tu casa,  
Madre, crucificados en un lecho  
para mirar tus ojos.

Si los labios enfermos  
se cierran, en un gesto de amargura,  
ellos, intensamente abiertos,  
te gritan toda el ansia dolorosa  
y la esperanza de otros días buenos.

Y cuántas veces, en tu vieja plaza  
toda llena de sol, de Montenero,  
nació el milagro entre las filas blancas  
de tus enfermos.

Cuando la plaza va quedando sola  
y se apagan los cantos y los rezos,  
y se van alejando  
con su rítmico andar, los camilleros,  
he visto, Madre,  
en los ojos de todos tus enfermos  
una cosa muy honda. . .

Es que llevaban dentro  
—dentro del pobre cuerpo casi en ruinas—  
un pedazo de cielo

en la huella profunda de tus ojos  
que vieron su dolor y sus anhelos,  
como saben mirar sólo las madres  
a sus hijos enfermos.

Virgen de la colina  
suave de Montenero,  
con el Niño . . . y un pájaro en los brazos,  
que viniste de lejos  
a hacer tu nido en esta tierra humilde  
en donde cantan juntas —sacudiendo  
las ramas perfumadas de los pinos—  
las auras de los montes  
y las auras que cruzan el Tírreno  
pintando líneas blancas en las olas,  
trazos de verde en el azul intenso  
y reflejos de bronce  
sobre la cara de los marineros:

quiero dejar mi corazón prendido  
—como un ex-voto ingénuo—  
en el marco de plata  
—oloroso a recuerdos—  
que guarda la dulzura de tus ojos  
sobre el altar de tu Santuario viejo.

## BAJO LA SOMBRA AMIGA

Virgen de Montenegro:  
bajo la sombra amiga de tu casa  
abrí las alas de mis inquietudes  
y desaté mis ansias.

Y tú me hiciste levantar la frente  
y en mi alma pusiste tu mirada.

Hoy, de nuevo a la sombra del Santuario,  
al volver a tus plantas,  
te traigo, Madre,  
estas mis flores con olor de alma.

## FAJA AZUL

Llevo a mi cuerpo atada  
mi faja azul de los recuerdos claros:  
su abrazo, qué bien hace  
sobre las penas y los desamparos!

Son los muros queridos  
que atando a aquel pasado mi hoy doliente,  
defienden otra vez mis sueños jóvenes  
con el mismo fervor, dulce y ardiente.

Brazos de los amigos  
—cercos de amor, presentes y lejanos—  
que estrechan otra vez a su alma hermana  
mis ojos solos y mis solas manos.

Virgen, la faja azul  
que ataba tu blancura:  
sobre todas las sombras  
luz tan mansa y tan pura!

Cerco impalpable que une las ausencias,  
garnela luz para distantes faros,  
llevo a mi cuerpo atada  
mi faja azul de los recuerdos claros.

## ADIÓS A MI COLEGIO

Puerta de mi Colegio:

un día ya lejano  
me veo frente a ella con mis ropas humildes  
mis ojos asombrados  
llenos de los paisajes frescos de la infancia  
y temerosos de esos muros altos  
rojos y silenciosos.

Y al otro lado  
del hueco oscuro y triste de la puerta,  
se fue alumbrando ese prodigio diario  
de una alegría pura  
que filtran el trabajo  
el dolor y el silencio,  
y como un chorro azul bulle más alto  
que los muros bruñidos  
de lluvias grises y de soles claros.

Vengo a buscar los ecos  
de la clara alegría con que atamos

algo de nuestra vida  
al cuadro gris, azul y rojo de mi patio

—de mi patio tan hondo  
que no turban los gritos y los cantos  
la ronda alegre de las golondrinas  
que juegan en lo alto—.

Así —siempre— como éste  
yo quisiera mi cuarto:

sin obstáculos muelles para el alma,  
sin ningún otro encanto  
que mi Cristo, mi Virgen y mis libros;

un silencio discreto entre los muros claros  
un pedazo de cielo y un pedazo de río  
con árboles y pájaros.

Virgen del pie de bronce,

por qué al mirarte con mis ojos nublados  
siento esta paz como si no me fuera,  
y al mismo tiempo siento que me arranco  
a mí mismo de mí, para quedarme  
en el hondo refugio de tus brazos?

Al beso cotidiano de tus hijos  
quedan tus pies atados.  
Pero vienen conmigo la ternura  
y la fuerza invisible de tus brazos.

Y mis días ausentes  
y mis ojos lejanos  
se encontrarán ante tu pie de bronce, diminuto y  
—breve puente de amor sobre los días [claro  
y sobre los espacios—.

Pero tu pie de bronce  
estremecido de mis sobresaltos,

acariciado de mis alegrías,  
de mis penas punzado,  
ya no podrán llenar de rosas frescas  
mis labios tan lejanos.

Pero me bastará cerrar los ojos  
—de nostalgia y cansancio—  
y abrir el corazón para mirarte  
—frescura matinal sobre mis pasos—  
Madre del pie de bronce  
que deienes mi adiós entre tus brazos!

## REBAÑO EN LA NOCHE

Las dos de la mañana.

El silencio pasea por las calles  
y la ciudad es una cosa abstracta,  
y un gran sopor y un gran cansancio pesan  
sobre un millón de cuerpos y de almas.

Cuando es sombra irreal la ciudad sola,  
al pie de mi ventana  
los pasos apretados de un rebaño  
y el blanquear ondulante de la lana  
y los balidos que en la sombra tienen  
tan claras resonancias.

Pastores  
que en las tinieblas de la Urbe pasan,  
con los hondos silencios  
atados a las viejas esperanzas  
con un hilo de cuentos y de estrellas  
que enrolla entre sus dedos la mañana,

y van arreando sombras y rebaños  
hacia los campos húmedos del alba...

Madre, con ellos  
yo me quisiera ir, tras de la blanca  
y pausada corriente del rebaño  
hacia la aurora azul en la montaña,  
entre manos leales  
bajo rudas palabras.

Quizá los pasos ciegos del rebaño  
irán a la recóndita llamada  
de una cueva desnuda  
de tu blanca visión iluminada.

—Belén,  
y Massabielle, y Fátima...—  
y los niños pastores que te miran  
mientras discuten las personas sabias.

Mi corazón, por eso,  
atado por un hilo de esperanzas,  
de ansias y de estrellas,  
se va tras de la blanca  
y pausada corriente del rebaño  
hacia los campos húmedos del alba.

## NO ME OLVIDES

He puesto unos miosotis  
en un jarrón azul, ante tus plantas,  
Virgencita que velas  
junto a la absorta luz de mi ventana  
sobre la mesa llena de mis horas  
de preocupaciones y de ansias.

Flores azules, mínimas y humildes,  
en un jarrón azul —muda plegaria,  
como unas manos tristes que se unieran,  
como unos ojos solos que esperaran—.

“No me olvides”: anhelos que te miran  
sin voz y sin palabras,  
y quedan perfumando  
la dulce cercanía de tus plantas,  
con una fe tranquila,  
ingenua y confiada.

“No me olvides”, mi Virgen,  
en esta hora triste, sola y larga:

por mis flores azules  
que perfuman tus plantas.

“No me olvides”: tú sabes  
que el puñado de almas  
que un instante estreché junto a tu nombre,  
se ha dispersado: y ante tu mirada  
—con pena y soledad, mas con la aurora  
de mi confianza juvenil intacta—  
está el jarrón azul de mi alma sola  
con miosotis azules de esperanza.

Y ya que aquel instante yo no pude  
explicarte estas cosas con palabras,  
he puesto esos miosotis  
en un jarrón azul, ante tus plantas...

## VIRGEN DE MI CUARTO

Virgen de mi cuarto,  
compañera mía...

en mis horas áridas  
chorro de agua limpia  
que moja el cansancio  
del alma y la vida,

con sólo mirarte,  
con sentir prendida  
tu mirada azul  
sobre mi ceniza.

Cuando al alma llama  
la melancolía  
—tristezas sin causa,  
malas y sombrías—  
ansias de huir solo,  
sed de lejanías,

basta que te sienta,  
que desde tu esquina

silenciosamente  
sienta que vigila  
la paz contagiosa  
de tu compañía,

para que el rincón  
de mi vida íntima  
vuelva a ser la clara  
calle conocida  
—una cosa buena,  
abierta y tranquila—.

Al cruzar la puerta  
que a la calle mira,  
se vienen tus ojos  
detrás de mi vida.

—sobre mi camino  
dos alas tendidas,  
sobre los guijarros  
de tantas insidias—.

Qué cosa tan breve,  
mi Virgen, la vida! . . .

Quizá se dispersen  
mis futuros días  
por rutas sin rumbo,  
breves, breves días . . .

Pero está tan honda  
—clavada en mi vida—  
tu mirada azul  
desde aquella esquina,

Virgen de mi cuarto,  
compañera mía,  
que en mis ojos muertos  
hallarán un día,  
lejos de mi cuarto,  
lejos de estos días  
—como si me vieras  
desde aquella esquina—  
el azul reflejo  
de tus dos pupilas.

## ORACIÓN DE HOY

### 1

Nuestra oración:  
canto que abre las ventanas del día,  
o voz desahogada en tu oído, María.

Hoy no te canto, Madre de los puros amores  
y Reina de las rosas.

No te hablo con palabras soñadoras y vagas.  
Hoy digo sólo: madre de esas manos callosas  
por el duro trabajo sobre las piedras rudas,  
el trabajo sufrido sin dulzuras ni flores.

Madre a quien se descubren sin vergüenza las llagas  
y se abren sin recelo las caídas, las dudas.

Madre de nuestros hombros dolidos por la carga  
cuando el alma no tiene alas leves de ansias,  
y en el deber que gira una misma hora larga  
van pasando una a una todas las repugnancias.

Tú que no juzgas, Madre, tú que nunca te asombras  
de la vida más rota, del alma más cubierta  
de repugnante escoria,

ni pintas en los labios el desdén cuando nombras  
al pobre más canalla que te ha dicho su historia  
y está esperando, lleno de confianza, a tu puerta.

Madre de esos tus hijos que no te traen rosas  
ni frescas azucenas,  
pero te traen toda su buena voluntad  
salvada de un abismo de inconfesables cosas,  
hastada de desprecios y amargada de penas,  
sedienta de perdón y de serenidad.

Hoy no te invoco Reina de las flores,  
de todas las dulzuras,  
sino madre de todos tus hijos pecadores  
que descansan la frente sobre tus manos puras,  
con el alma desnuda, refugiada en tu nombre,  
con confianza de niño y amargura de hombre.

Mi oración de hoy: la oración que este día  
he venido a decirte al oído, María.

### 2

Primera sombra que huye por los ojos inquietos,  
aletear tembloroso hacia ignotos cariños,  
ojos niños que esconden los primeros secretos  
niños que aún no son hombres, y que ya no son niños.

Cuando descubre, absorta, el mundo de los hombres,  
el alma que despierta no contempla, pregunta:  
el primer mundo ingenuo ha perdido sus nombres  
y el asombro primero se ha trocado en pregunta.

Pobres alas impiumes que se abren en anhelo  
de azul y libertad, y de ignotas distancias...  
y caen sobre el nido, con nostalgias del vuelo,  
embriagadas de sueños y punzadas de ansias!

\* \* \*

Mi oración de hoy, María, por los labios pequeños  
que dicen las primeras palabras inquietantes,  
y al recibir el beso con que enciende los sueños  
el saludo materno, no sonríen como antes.

Los que preguntan dónde ha brotado la vida,  
por qué nacen la rosa y la espina que hierde,  
por qué besa la madre esa boca dormida,  
por qué cierran los ojos de la madre que muere.

Por esos que aprendieron tu nombre, Virgen nuestra,  
cuando aún no sabían de vergüenza y de alientos,  
y salen como hombres a la inmensa palestra  
pero se llevan toda su flaqueza de niños.

Por ellos, los que fueron frescas almas tranquilas  
que llevé de la mano, que levanté en mis hombros,  
y guardaron mi alma dentro de sus pupilas  
intactas de pureza, consteladas de asombros!

## VISITA FURTIVA

Virgen de Montenero,  
a tus plantas mi alma.

—El cuerpo se ha quedado  
atado a la distancia—.

Vengo huyendo de todo:  
de las filas de casas,  
de las paredes rojas  
y las calles lustradas.

De este mundo de notas  
que han perdido la pauta  
y flotan sobre el río  
de turbias aguas.

De todas estas cosas  
que me anudan el alma:  
horizontes cerrados  
—y tan lejos tu cara!—  
que empujan tan en vano  
mis miradas.

Este instante furtivo  
para mirar tu cara  
con mis ojos que saben  
esquivar la distancia:  
los de mi cariño  
que no acaba.

Tus caricias me vuelven  
toda la fuerza al alma,  
y yo beso tu frente  
con mis labios que apartan  
los cristales  
de tu cara:  
los de mi cariño  
que no acaba.

Hasta cuando, Madre?  
Que no pierda el alma  
por los ciegos caminos  
la cifra sin distancia  
de este alado camino  
de tu casa:  
la de tu cariño  
que no acaba!

## PLEGARIA DOLORIDA

Desde el rincón oscuro de mi vida,  
desde el sombrío fondo de mis ingratitudes,  
desde mis ojos insomnes que hundi6 la paz perdida,  
desde este haz de miedos y dolores, de anhelos e inquietu

desde todo mi yo —tan inquieto y tan triste  
y sediento de tu honda y limpia calma,  
Madre que al fin viniste,  
en tus manos descanso el ansia oscura de mi alma.

\* \* \*

Y me encuentro en tus ojos con todo mi camino:  
la dulce aurora trémula, sin nombre  
—la vida un despertar y un trino  
sin saber la tristeza de ser hombre—;

el despertar convulso de la adolescencia,  
y, al fin, el corazón sobrecogido en el pecho  
—como una flor que anhela dar su fugaz esencia—  
cuando me fui por el camino estrecho.

\* \* \*

Pero ahora, Madre, ya no estoy yo solo  
—con mi libre canto y con mi libre aliento,  
pero con ansias en el alma, y en el cuerpo sólo  
las cumbres de los montes y la mano del viento—.

Madre, ahora... mis sueños están en otras manos;  
se han hecho carne y sangre sobre frágiles vidas;  
mi corazón los sigue, por los tristes secanos  
donde se quedan tantas esperanzas perdidas.

Pero me he encontrado en tus pupilas,  
y tú has visto en mis ojos, húmedos de ternura,  
la imagen de esas almas, trémulas o tranquilas,  
que enfrentarán mis sueños contra la vida dura,

\* \* \*

Y de nuevo estoy solo. Quiero sentir cercanos  
tus ojos a mis ojos que están turbios y tristes,  
Quiero sentir tus manos sobre mis pobres manos,  
porque soy malo y débil, y por eso viniste.

En esta hora breve de tus ojos maternos  
en que te cuento todo, con confianza de hijo  
—mi miedo de estos días, y el anhelo de los días eternos—:  
tantas cosas, Madre!, que tu corazón sabe y que mi labio no  
[dijo.

\* \* \*

Vamos a continuar nuestro viaje mañana:  
tú buscando a tus hijos con tu mirada triste,  
yo llamándolos, Madre, de la selva lejana  
del dolor y el pecado, de donde me trajiste.

Pero, quién podrá nunca quitarnos esta hora?  
Quién podría arrancarme tus ojos de mis ojos,  
si tu dulce mirada va a copiar desde ahora  
la sangre de mis venas en sus vaivenes rojos?

\* \* \*

Cuando mi yo —mis sueños, vivos en mis hermanos—  
desvistiendo estos rotos e inútiles despojos,  
descanse de la vida, Madre, sobre tus manos,  
se encontrarán por siempre mis ojos con tus ojos.

## ANGUSTIA

Sabes tú por qué penas  
y en tus hondas pupilas  
se abren, negras, las alas  
de una angustia sombría?

Por qué el mundo te ahoga  
y tu anhelo suspira  
por el solo silencio  
de una azul lejanía?

\* \* \*

Porque tu alma está ausente  
del presente y la vida,  
por remotos caminos  
hacia ignotas colinas.

Porque el humo y el ruido  
de estos frágiles días  
van dejando en tus labios  
un sabor de ceniza.

Y al abrir sus ventanas  
tus ansiosas pupilas,  
hallan muros inertes  
bajo hiedras marchitas.

\* \* \*

Ven y lava tus ansias,  
tu tristeza intranquila,  
en el nombre de aurora  
de tu madre: María.

Claro nombre de estrella  
en tus noches sin guía,  
y en tu boca amargada  
nombre de agua y sonrisa.

\* \* \*

Lava el gris de tus ojos  
en sus hondas pupilas,  
y ata el ansia de ausencias  
a su mano tranquila.

Y en sus manos despiertas  
tus tristezas dormidas  
soñarán el descanso  
por eternas colinas.

## TRES NOMBRES

### REINA

Reina del Libro de la vieja Alianza:  
tu nombre es el versículo primero  
de consuelo, promesa y esperanza.

Virgen madre de Dios: cifra secreta.  
Miel el presentimiento de tu nombre  
en los labios quemados del profeta.

\* \* \* \* \*

Reina del Libro nuevo de la vida:  
reinas desde el silencio en cada página,  
oh Reina silenciosa y escondida!

Y es tu presencia la del tallo leve  
que, al reventar el lirio, se recata  
debajo de los pétalos de nieve.

\* \* \* \* \*

## MAYO

— Déjame, Madre  
—mi Madre del cielo—  
que me acerque a tus plantas virginales  
con un punzante y escondido anhelo,

con un ansia ardorosa de ser tuyo  
y una sed dolorida de blancura.  
Vengo a esconder, oh Madre, en tu regazo  
mi tristeza de hombre, amarga y dura,

y mi inquietud de joven,  
todo el rebelde hastío  
que se agita en mi alma cuando advierto  
este viejo fangal, oscuro y frío.

— Déjame que descanse en tus rodillas  
y en tus manos de Madre, ingenuamente,  
deje esta flor: la que ha quedado blanca.  
Y después, pon tus labios en mi frente.

Es el mes de las flores. Tus pequeños  
vienen a tí con lirios y azucenas  
a adornar tus altares, a decirte  
todas sus alegrías y sus penas.

¿Verdad, mi Madre, que también el lirio  
de este hijo harapiento, —el más pequeño—  
guardarás con amor? Ha florecido  
en un lejano, candoroso sueño

de mis días fragantes de inocencia,  
de mis días de niño.  
Y desde entonces, Madre, lo he guardado  
con el mismo cariño

en el fondo del alma.  
Defiéndelo, a abrigo de tu nombre,  
del demonio, del mundo,  
de esta carne de hombre.

Madre, conserva entre tus blancas manos  
su primera fragancia.  
Que vuelva a hallar en ellas el perfume  
de mi lejana infancia!

## MI PEQUEÑO CANTO

1

Madre,  
quiero que brillen otra vez mis ojos  
con el asombro  
con que se abrieron a la luz un día,  
cuando todo el paisaje del futuro  
era tan sólo  
una sencilla perspectiva blanca.

Quiero que haya en mi voz el limpio acento  
de mi canción primera.

Madre,  
en la simple pobreza de mis versos  
quiero decirte mi pequeño canto.

2

Madre,  
dicen que cuando Dios hizo los mundos  
tu alma estaba a su lado,

bordando con la luz de tu sonrisa  
la gracia de las cosas.

Cuando hizo las estrellas en el cielo,  
El pensó en Ti, Estrella matutina,  
guía del navegante,  
rayo de luz de la esperanza nuestra. . . .

y todas las estrellas  
se quedaron temblando  
sobre tu manto azul.

Cuando se reflejó tu manto  
sobre las aguas límpidas  
brotó el poema azul del mar y el cielo.

Tú enseñaste a cantar  
a las aguas que saltan en la fuente,  
y a las aguas que corren  
y a las aguas del cielo,  
a los inquietos vientos vagabundos  
y a las aves pequeñas.

Y tus manos  
eran vasos colmados de perfumes  
para todas las flores  
y las hierbas humildes  
y las espigas de las sementeras.

3

Madre,  
único barro  
—barro de nuestra tierra—  
que no tocó la mano del maldito.

Exultaron de júbilo los huesos  
de los viejos profetas,  
cuando en la intacta albura de tu vientre  
se hizo barro el Señor.

4

Madre,  
mientras tus hijos malos  
insultaban a tu Hijo agonizante,

Tú extendiste tus brazos maternales,  
y en la tarde enlutada  
reconciliaste en ellos  
las manos salvadoras de la Víctima  
y las manos culpables  
de los tristes verdugos. . . .

¡María  
tú doblemente madre  
para todos los huérfanos del mundo!

5

Madre,  
en mis noches oscuras de esta tierra  
háblame en las estrellas de tu manto,  
hasta que llegue el día  
de descansar por siempre en tu regazo.

Y volverás entonces  
esos tus ojos misericordiosos  
hacia el asombro nuevo de mis ojos.

bordando con la luz de tu sonrisa  
la gracia de las cosas.

Cuando hizo las estrellas en el cielo  
El pensó en Ti, Estrella matutina  
guía del navegante,  
rayo de luz de la esperanza nuestra. . . .

y todas las estrellas  
se quedaron temblando  
sobre tu manto azul.

Cuando se reflejó tu manto  
sobre las aguas límpidas  
brotó el poema azul del mar y el cielo.

Tú enseñaste a cantar  
a las aguas que saltan en la fuente,  
y a las aguas que corren  
y a las aguas del cielo,  
a los inquietos vientos vagabundos  
y a las aves pequeñas.

Y tus manos  
eran vasos colmados de perfumes  
para todas las flores  
y las hierbas humildes  
y las espigas de las sementeras.

3

Madre,  
único barro  
—barro de nuestra tierra—  
que no tocó la mano del maldito.

Exultaron de júbilo los huesos  
de los viejos profetas,  
cuando en la intacta albura de tu vientre  
se hizo barro el Señor.

4

Madre,  
mientras tus hijos malos  
insultaban a tu Hijo agonizante,

Tú extendiste tus brazos maternales,  
y en la tarde enlutada  
reconciliaste en ellos  
las manos salvadoras de la Víctima  
y las manos culpables  
de los tristes verdugos. . .

¡María  
tú doblemente madre  
para todos los huérfanos del mundo!

5

Madre,  
en mis noches oscuras de esta tierra  
háblame en las estrellas de tu manto,  
hasta que llegue el día  
de descansar por siempre en tu regazo.

Y volverás entonces  
esos tus ojos misericordiosos  
hacia el asombro nuevo de mis ojos.

129

Y volverá a mi voz el dulce acento  
de la canción primera  
para decirte mi pequeño canto.

## MANTO AZUL

### *A María*

Señora ante quien tiende el cielo azul sus pabellones  
sobre el polvo trémulo de oro de las constelaciones.

A quien los mares brindan la fuga de sus notas  
y las blancas sonrisas de espumas, velas y gaviotas.

Para quien las montañas elevan la blancura de las nieves eterna  
—manos blancas y solas que buscan la caricia de tus manos  
[maternas—

Clara Reina: a tus plantas la más alta nobleza de las cosas  
trae el don extasiado de sus frágiles alas temblorosas.

Pero yo amo más, Reina nuestra, esa humilde figura  
que guardó la visión de mi infancia ingenua y pura:  
esa imagen tan nuestra, tan humilde y humana  
que espera en el altar de la más pobre iglesia aldeana.

La imagen que nos mira con unos ojos tristes, dulces y compasivo  
que leen en los nuestros las ilusiones muertas y los dolores vivo:

Junto a la cual descansa nuestra loca inquietud tan simplemente  
que de no estar tan alta se hundiría en sus manos nuestra frente

Oh Madre, así tan nuestra como la lucha y la esperanza diaria,  
vengo a decirte ahora, con mi pobre plegaria,

lo que eres tú de aurora junto a la cuna de mis breves días,  
lo que hacen tus miradas del agua inquieta o turbia de las mías.

Cuando se hacen mis horas una arena sin límites y yerta,  
herida de un sol malo, o de un viento como una mano muerta,

y en mis labios quemados se me pega un lamento  
[fatigado y doliente,  
tu nombre es un puñado de árboles –sombra, fresca y fuente–.

Y en ese gris desierto en que al fin nuestra espera del  
[Señor se fatiga,  
de la colina ingenua de tu nombre oigo otra vez su voz amiga.

Sobre el morir de la tarde, en el miedo de la noche que avanza,  
cuando el alma aterida se le van su fe simple y su  
[limitada esperanza,  
tu nombre alza su tienda dulce y acogedora  
en la que el alma espera en paz el azul retorno de la aurora.

Y en la noche sin voces, sin consuelo y sin luz, desamparada,  
la luz suave de estrella de tu nombre le habla al alma arrobada.

Tu nombre es todo eso –todo lo dulce y puro, luminoso y ardiente  
que hace buena mi vida, y alumbra mi corazón y mi mente.

Porque sin tí mi vida no es sino un niño solo que en el  
[umbral cerrado de una puerta  
llora, un débil llorar entrecortado, por su madre ida o muerta!

Un día, al fin un día será la última tarde del desierto:  
la suave luz de estrella de tu nombre unirá mi barro muerto

La tienda azul celeste de un nombre cobijará mis  
[huérfanos despoj  
fiel presagio de aurora, con mis pupilas ciegas se  
[dormirán tus oji

## VIRGEN DE MI SACERDOCIO

María: Virgen de mi sacerdocio,  
de mis alegrías y de mis tristezas.

Virgen de mi infancia,  
que me oíste llorar la vez primera.

Las manos de mi madre,  
temblando, te ofrecieron la flor nueva  
de sus entrañas:  
el que en los labios de su madre enferma  
te dijo: madre! aún antes que el agua  
lavara su pecado y su tristeza.

Y desde el fondo insomne  
y azul de las ojeras,  
sus ojos exultaron en el hijo  
que en la cárcel sin luz de la inconciencia  
buscaba ya tu mano  
con sus manos pequeñas.

\* \* \*

Virgen que nos miraste cada día  
atando toda la alegría inquieta  
al patriarcal rosario en que rezaba  
mi madre, de rodillas en la tierra.

Virgen de los Dolores  
—la de las luchas de mi adolescencia—  
que guardaste mis lágrimas, regadas  
encima del pecado o de las penas.

Virgen de mi alma joven:  
mano sobre mi mano en la hora inquieta  
de mis dieciséis años. . .  
Virgen, al fin, de mi sotana negra.

En las horas sin luz de los peligros  
de mi alma, tus ojos de desvelar,  
como los ojos de la pobre madre  
que arrodillada ante la cabecera  
del hijo enfermo,  
sin que él lo sienta, lo acaricia y reza. .

\* \* \*

Virgen, esa mañana  
en un rincón oculto de la iglesia,  
mi madre me miró desde tus ojos;

y en mis manos —ungidas manos nuevas—  
tú dejaste dos besos:  
por tí, Madre, y por ella.

Madre, cantemos: “Mi alma glorifica  
a mi Señor!” . . . : mi pobre voz que tiembla

en los ecos lejanos de tu canto  
—perfume de la flor aún no abierta—  
que hizo saltar de júbilo  
a los montes dormidos de Judea.

\* \* \*

Virgen de los caminos  
que mi alma aún espera:  
ata mis pasos a la voz que llama  
cuando el alma está, al fin, libre y entera.

Virgen, cuando en tu pie queden mis besos  
—con asombro de flor recién despierta—  
une mis manos para el sacrificio  
y ábrelos a la Cruz —trabajo y prueba—:

y cada día haré con tu mirada  
tu sonrisa y mi vida, nuestra fiesta!

## A LA VIRGEN DEL MONTE

Aquí, Virgencita del Monte,  
de un arrayán entre las ramas altas  
te encontré el pastorcito sordomudo  
aguardando, callada,  
un alma ingenua que te diera, limpia,  
la fe de su mirada.

Aquí se abrió el misterio  
de este diálogo puro, sin palabras.

Nadie podía preguntar a tu hijo  
lo que veían sus pupilas claras;  
sólo espiarlo, en vano,  
cuando ante el arrayán se arrodillaba  
y sonriendo  
en la altura clavaba la mirada,  
y en la noche encendía  
la pobre mecha de sebo de sus lámparas.

De aquí salió el mensaje  
arcano, sin palabras,  
de una fe ingenua, sin preguntas,  
amorosa, tenaz, alimentada  
en la visión de una figura mínima  
como del arrayán las hojas altas.

Es ése tu mensaje que perdura:  
la miniatura humilde y desvelada  
y que cabe en el cuenco de una mano  
—¿cómo en tres siglos pudo andar intacta?—

Tu imagen peregrina: desde el árbol  
a la casa de paja;  
a la pequeña "playa" alegre y verde;  
a otro solar —secuestrada—;  
recuperada al fin, para quedarte  
en ésta que escogiste por tu casa.

Mínima prueba de tu amor inmenso:  
tus pupilas, apenas insinuadas,  
en tantos surcos negros  
sembraron infinitas esperanzas;  
tus manos, indeciblemente frágiles,  
han curado, sin fin, males y llagas.

Llega a este siglo nuestro  
de maquinarias sabias,  
de computadoras y cohetes,  
como niña asustada  
que se despierta al cabo de tres siglos,  
tu historia ingenua, como historia de hadas,

de un pastorcito sordomudo  
que en la montaña sola  
contemplaba a la Virgen  
que se escondía entre unas altas ramas.

Yo me he arrodillado simplemente  
con el alma extasiada  
en el páramo inmenso y solitario  
—que fue ayer la "montaña"—  
rodeado de cumbres  
silenciosas y blancas:

toda la fe de un pueblo,  
Virgencita del Monte, está inclinada  
ante esta imagen mínima en que pone  
desde hace tres siglos, su confianza.

Ante ella, Madre.  
déjame arrodillar, con mi alma,  
este canto sencillo  
transido de ternura y de esperanza.

## VIRGEN DE MI CAPILLA

Virgen de mi capilla  
en el espejo de tus ojos miro  
en esta hora de la despedida  
pasar cantando, como las aguas de un río  
los días que se fueron  
pero que en el recuerdo siguen siendo míos.

Seis años Madre! cómo se han fugado  
—veloces, como ciervos fugitivos—.

No fue ayer cuando llegué a esa puerta  
viendo, con ojos tímidos,  
un mundo nuevo en que se hundió con miedo  
mi mundo pequeñito?

---

\* Interpretación del sentimiento de las alumnas de sexto curso del colegio *Nuestra Señora de Fátima* al despedirse de la imagen que les habló al corazón durante 6 años.

Pero tu me acogiste: hallé en tus ojos  
la primera mirada de cariño.

Cogida de tu mano  
fue conociendo ésta mi hogar querido,  
cada rincón, que ahora  
es un rincón del corazón dolido.

La Capilla, que es solo  
tu imagen blanca y el altar sencillo  
en que nuestra alma se ha ido lentamente  
—en el don abismal del Pan y el Vino—  
de su miseria humana despojándose  
y haciéndose otro Cristo.

La palmera del patio que ahora vive  
tan solo en el recuerdo, como un viejo abanico.  
Las columnas,  
los rojos corredores de ladrillo;  
nuestras clases pequeñas,  
amables, silenciosas y discretos testigos  
de trabajos, de sustos y de risas,  
de días claros, grises o sombríos.

El viejo patio gris de humilde tierra,  
pintado de rayuelas en su piso  
en el que cada día, como un trompo con música  
cantaba nuestro loco regocijo.

El Toni que robaba los zapatos  
del dormitorio alegre, claro y limpio.

Los conejos que oían de sus jaulas,  
–las orejas paradas, vivos los ojillos–  
la alegre bulla de las lavanderas  
que mezclaban sus gritos,  
sus risas y sus cantos  
con la canción monótona del grifo.

Y en todas partes, claras y sencillas  
–entregándose alegres a tu Hijo  
y entregándonos su luz y su sonrisa,  
su palabra discreta, su cariño  
las hermanas, que fueron tan hermanas,  
madres y compañeras del camino...

Y... los años se iban, y volvían  
como las golondrinas hasta el nido  
del alero del patio... pero ahora,  
Madre!, los años ya se han ido.

Y ya no volverán; pero nosotras  
nunca podremos irnos,  
El corazón está sembrado, Madre!,  
tan hondo, tan metido  
en la tierra y el alma de esta casa,  
que para separarlo, tendrían que partirlo.

Y está en tu corazón: con él nos vamos  
pero en él nos quedamos, como niños  
que no se quieren ir y que se esconden  
en el rincón secreto y más querido.

Cuando volvamos, Madre,  
será tal como ayer, y hoy: lo mismo.  
Te lo traeremos todo, poniendo en el espejo  
de tus ojos purísimos  
las luchas, los dolores y los sueños  
que en tu regazo quedarán dormidos.

## EL MISTERIO

Millones  
de parpadeos liminosos  
sobre el rincón oscuro  
de Nazareth. Los peces encendidos  
saltan, allá en Genezareth, soñando.

Abanicos de alas  
de ángeles en torno de la casa  
del carpintero.  
La soledad. Las sombras. El silencio.

La Virgen desvelada  
adivina los sueños en el sueño  
de su José rendido.

Sus pupilas -abiertas en la noche  
del tiempo y de la vida-  
tratan de penetrar en el misterio  
de su Adolescente dormido.

Voces lejanas vuelven a su oído:  
«lo llamarán el Hijo del Altísimo...  
No tendrá fin su Reino...»

Y han pasado quince años  
oscuros y monótonos:  
hay algo en El que es insondable abismo,  
pero sin huella alguna de milagro:  
como esta noche en sombras y dormida.

«Llegará en El la bendición divina  
a todas las naciones de la tierra»...  
Pero, de aquí?...de Nazareth?...Sus ojos  
y su alma se hunden en la sombra.

La puerta se ha entreabierto.  
Y, fiel a una llamada misteriosa,  
sin saber cómo se halla contemplando  
las voces luminosas  
que llaman, desde arriba.

Una Mano invisible sobre su hombro.  
La voz que habló a Abraham  
volviendo desde el fondo de los siglos:  
“ven, cuenta las estrellas  
si es que puedes contarlas:  
así será tu descendencia...”

De nuevo la penumbra.  
En la breve rendija de la puerta  
una espada de luz fugaz ha ardido  
que rasga el velo del misterio: escucha  
de nuevo el eco fiel de la Palabra:  
«El será colocado para ruina  
y para la resurrección...  
y una espada vendrá a romperte el alma...”

El incendio de luz que late arriba  
llenará, desde ahora, en la penumbra,  
el corazón absorto de la Virgen.

María, Virgen del camino oscuro,  
de los ojos abiertos en la sombra  
lámpara vigilante de la espera,  
corazón encendido en la vigilia,

enséñanos tu fe, niña que avanza  
con los ojos cerrados  
y los brazos abiertos  
al abrazo del Padre.

## ORACIÓN POR LOS PESCADORES

Nuestra Señora de los pescadores:  
la hoguera de la tarde se ha extinguido  
y salen a alta mar los botes frágiles:  
míralos, míralos!

Cuando se hinchen las olas, y los botes  
sufran los golpes rudos  
del oleaje que es cumbre y abismo,  
cúdalos, cúdalos!

Mientras busquen los peces en que sueñan  
los que en la orilla aguardan el regreso,  
mira los botes que las olas mecen:  
llénalos, llénalos!

Cuando en la noche negra  
de soledad y frío  
busquen un resplandor que los alumbre,  
guíalos, guíalos!

Y en esa media sombra y luz del alba,  
cuando el regreso es un temor y halago,  
hacia el hogar que aguarda  
tráelos, tráelos!

## ROSAS

Rosas:  
rosadas  
como el alba: frescura y resplandor  
que se sabe fugaz, como la música,  
como el canto que siempre es despedida,  
como la vida, aroma que se va.

La belleza terrena  
más cabal y armoniosa, concentrada  
en el mínimo tiempo y el espacio,  
entregada a María  
-la belleza del cielo-:  
breve beso rosado  
que se quedó sobre su pie dormido:

urgencia de entregarse intensamente  
para hacer del minuto una semilla  
de eternidad: si toda vida  
que se entrega, se hunde en el misterio  
de la Resurrección!

\* A la memoria de Piérre Teilhard de Chardin.

Rosas  
que volverán a abrirse en los jardines  
eternos  
a los pies de la Virgen, ya sin miedo  
de morir.

### III

## Tus manos

## TUS MANOS

Señor: siempre tus manos  
a lo largo de todos mis recuerdos.

Tus manos en las manos  
que rodeaban mi cuna de silencio,  
apagaban mis ojos  
y encendían las luces de los sueños.

Y en las manos abiertas  
del Niño pequeño  
que sonreía en la pobreza ingenua  
de nuestro Nacimiento.

En la mano que ató sobre mi mano  
un lazo blanco, con que até yo al cielo  
mi vida de siete años  
en la mañana del primer encuentro.

Y también en las manos que colgaron  
crespones negros  
en la puerta desierta de mi casa,

y adornaron de un velo  
el último retrato del ausente  
que prolongó su ausencia hacia lo eterno. . .

\* \* \*

Ellas hicieron dentro de mi alma  
esto que yo no entiendo:  
este mundo de voces y de esperas  
dentro de mi miseria y mi silencio.

Y cuando Tú venciste,  
tus manos en el último pañuelo  
—hilo que ató mis ojos a la Patria—  
en el último puerto.

Y en el trabajo oscuro  
de muchos años largos, acá adentro:

limpiar de lodo y vanidad mis ojos  
ante la azul inmensidad del cielo.

Quitarme de las manos  
—como a un niño caprichoso y terco—  
los juguetes inútiles  
que lo aprisionan en un mundo estrecho.

\* \* \*

Hoy, tus manos más cerca  
de mi alma y de mi cuerpo. . .

Tus manos apretaron mi cabeza:  
“recibe en tí al Espíritu. . .” Tus dedos  
rehaciendo mi vida, te dejaron  
envuelto en mis harapos, Cristo nuevo!

Pasaron muchas veces, lentamente  
sobre el alma y el cuerpo:  
en nombre de tus horas que nos cuentan  
las páginas de luz del Evangelio:  
por lo que hay en mi alma de leproso,  
paralítico y ciego.

Por lo que hay en mi alma de ignorante  
y dolorido. Por lo que hay de Pedro,  
y por lo que hay de niño  
asombrado e ingenuo.

\* \* \*

Señor, tus manos  
a lo largo de todos mis recuerdos.

Desde hoy, tus manos cada vez más cerca  
de mi alma y de mi cuerpo:  
mientras se va mi alma transformando,  
mientras se va mi cuerpo deshaciendo.

Señor, también  
tus manos en las manos —te lo ruego—  
que regarán por Tí, mi sangre joven  
en un árido suelo.

Tus manos compondrán piadosamente  
sobre mi pecho  
mis manos muertas,  
rodearán de silencio

mi cuna —en donde me hablarás un día  
como a Lázaro muerto,

y Te verás adentro de mis ojos  
para siempre despiertos;—

ellas, Señor, apagarán mis ojos  
y encenderán las luces de los cielos.

## CANTO

### SOTANA NEGRA

Crucificado y muerto para el mundo  
me has encerrado en un abrazo tú:  
y así te canto, mi sotana negra,  
negra y en cruz.

Sotana negra que encierras todo:  
desde el cuerpo hasta el alma.  
Desde el dolor sin ruido del combate  
hasta la paz de la mejor plegaria.

Tan sólo fuera de tu abrazo negro  
la desnudez de mi corona blanca:  
corona de renuncia y de realeza,  
hostia de hoy, diadema de mañana;

y estos labios de tierra en que habla Cristo,  
y ojos que deben ser lámparas altas,  
y pies de quien anuncia la paz nueva,  
manos para el perdón y la esperanza.

Armadura de hierro a quien te lleva  
sin vergüenza, sin miedo y sin jactancia,  
sobre la risa cínica del mundo  
y el torpe aullido de la carne mala.

Sotana negra, un largo color triste,  
pero a los ojos limpios, vela blanca  
sobre el oscuro mar, ala que se abre  
frente a las luces pálidas del alba.

Todas las inquietudes de la vida  
a ti se aferran, negra y pobre ancla;  
la desnudez y el hambre de los cuerpos,  
la llaga avergonzada de las almas.

Todo se aferra a ti, para que todo  
lo levantes, limpiándolo, en tus alas:  
sobre tu compasión y tu dulzura,  
tus ocultos dolores y tus ansias.

\* \* \*

Por las calles extrañas, casi hostiles,  
ojos fríos o de ira, o ciega lástima,  
miran pasar tu color negro y largo  
entre la pulcra vanidad hastiada;

tú, bandera teñida en sangre y lodo,  
pasarás por los siglos, sola y alta  
—la sangre de tus mártires lavando  
de los otros las manchas...—

Un día caerán éstos que hoy llegan  
con un temblor sagrado frente al ara,

abrazados a ti, sotana negra,  
en tu cruz y en tu calma.

Y serás sobre ellos  
cruz de sangre bañada,  
o derribada en peso de fatiga  
sobre la carne al fin pacificada.

Cuando mi cuerpo sea inútil peso  
para el vuelo del alma,  
tú serás, mi sotana, ala que se abre  
frente al eterno resplandor del alba!

## UN PASO

Paso del corazón y de la vida:  
con el alma inmortal y el barro frágil.

El corazón:  
un voltear tumultuoso de campanas:  
repicaban a muerto  
y cantaban a gloria.

Y el alma entera se asomó a los ojos.

Y se hundieron —en Dios— dentro del alma  
oh, tantas, tantas cosas!

Y hasta el hogar lejano de mis padres  
fue una tienda no más —nómada tienda,  
tenue abrigo de paz y de recuerdos  
para el pastor futuro de otras almas.

Después, bajo la sombra de la Cruz. . .

Por qué no se quedó mi cuerpo frío  
—dentro del alba limpia— como una hostia  
Tú lo sabes, Señor, Tú que trajiste  
este rebaño inquieto de mis días  
—por quebradas y páramos—  
hasta la soledad de tus caminos.

Tú que en mi alma joven  
abriste surcos hondos de inquietudes  
y sembraste palabras y dolores.

Tú que domaste el corazón rebelde.

Tú que pusiste  
entre mi corazón y los placeres,  
entre mi vida y el reir del mundo,  
este abismo de ansias  
que ponen amarguras en los labios  
e inquietud en el alma.

Vine a tus plantas  
—dentro de mi alba limpia—  
con todo el corazón fresco y entero  
y el alma otra vez niña,  
y sobre el pecho  
la cinta azul y blanca de mi madre.

Señor,  
por qué no se quedó mi cuerpo frío  
—dentro del alba limpia— como una hostia

Tú lo sabes, mi Cristo,

Tú que me recogiste  
pequeño y pobre.

Tú que me mirarás como a tu Pedro  
para que no te niegue.

Tú que me sellarás todos los días  
los labios con tu sangre  
para que no te bese como Judas.

Tú que, al mandar tu cruz todos los días,  
vendrás junto con ella  
para llevarla juntos.

Señor, sobre mi barro,  
blanca y azul, la cinta de mi madre:

sobre mi barro que mezcló su polvo  
con el polvo del suelo  
bajo la sombra de tu Cruz augusta.

Señor, el barro ungido de mis manos  
—mi barro que hoy te entrego entero y joven—  
va a temblar al contacto de tu carne. . .

Señor, que en ese día  
nuestro abrazo sea íntimo y eterno,

y nunca te traicione  
el barro ungido de mis pobres manos,  
el barro que palpita con mi sangre!

## SÓLO

Mentira! No estoy solo. Cuando en mi yo más hondo  
miro mi soledad dolorida o cobarde,  
siento que es tu presencia, en ese oscuro fondo,  
la lámpara de siempre que en el silencio arde.

Cuando mi pobre mesa me parece más grande,  
vacía y desolada —como una muda pena—  
tu figura en mi mesa y en mi vacío expande  
—con sus brazos abiertos— un suave ardor que llena.

Cuando en las calles marchó solo y desconocido,  
siento que junto a mí en silencio caminas;  
y mi alma va tranquila con el eco querido  
que allá adentro despiertan tus pisadas divinas.

Cuando la voz humana suena a mi oído extraña  
y me mira el engaño en dos ojos, yo siento  
surgir desde mi abismo, con tu voz que no engaña  
tus ojos que me dicen en su luz: yo no miento!

Cuando algo en mí me grita que estoy solo y ausente,  
me basta ver la puerta de tu abrigo pequeño,  
y quedarme pensando que estás ahí —dulcemente—  
como un niño que habla con su madre en el sueño.

No! No puedo estar solo Me ha marcado hasta el alma  
tu sello y tu presencia, como un hierro candente:  
y aunque el alma esté triste, o esté inquieta, o en calma,  
estás en mí y en torno de mí, siempre presente.

Que no rompa mi oscura miseria la dulzura  
de esta presencia tuya, que es mi única vida'  
que como en limpio vaso guardes en mi alma pura  
de tu rostro, Jesús, el agua estremecida.

## BESAMANOS

La marea doliente de la vida  
va besando tus manos consagradas:  
y se beben, sedientas, el perfume  
sus olas amargas.

Olas de vida frescas,  
tímidas y asombradas.

Olas de carne enferma  
triste y avergonzada;  
olas negras de duda,  
de inquietud y de ansias.

Olas que se hinchan con anhelos locos  
y ardientes esperanzas,  
y que contienen, al besar tus manos,  
su grito, su gemido o su plegaria.

Olas que besan  
con hambre esas tus manos consagradas,  
—hambre de eternidad, que se arrodilla  
dolorida, insaciada—.

Y seguirán pasando por tus manos  
las olas de las almas  
amargas y sedientas,  
con hambre, con rugido o con plegaria...

Sigue poniendo en ellas, cada día  
la inviolada fragancia!

## TÚ SÓLO

Para mí, que me vuelvo  
a veces turbio pozo.  
Para mis alas débiles  
y mis nortes rotos.

Para mis ansias presas  
dentro de muros hoscos,  
cuando no soy ni altura  
ni río limpio y loco.

Cuando hasta mis ensueños  
tienen ciegos los ojos,  
y este animal oscuro  
aúlla como un lobo.

Para que el niño triste  
suba otra vez del fondo  
y sonría a la aurora  
con renacidos ojos.

Contra el viento que viene  
desde las calles, todo  
vestido de mentiras  
y manchado de lodo...

Para mí... contra el viento...  
algo que sea todo:  
que renueve y que llene:  
Tú solo!

## EL ROSTRO

Un hilo tenue de sangre  
va cayendo  
del rostro  
escupido y sangriento,

Baja desde mis manos  
goteando quedo  
hasta los corazones  
abiertos.

Gotas de sangre cálida  
que van cayendo  
dentro de un doloroso  
y hondo misterio!

Mis manos ciegas reparten  
—perdón, reproche secreto?—  
tus miradas ocultas  
bajo los párpados trémulos.

El gran dolor —como un paño  
sediento—

limpia el Rostro de salivas  
en amoroso silencio.

Y llena el confesonario  
de un insondable misterio  
el dulce Rostro escupido  
y sangriento.

## EL YUNQUE

Mi vida un hierro oscuro  
y mis caminos negros:  
las palabras humanas  
lejanos soles yertos.

Y un esperar sin nombre,  
desesperado y ciego.

El viento de las fáciles dulzuras  
no estremeció mi hierro...

Y lo pusiste entonces sobre el yunque  
de soledad, Maestro:  
y el golpe de la angustia  
hizo saltar luciérnagas de fuego!...

## EL MAESTRO

(DE VÍCTOR MIDEROS)

Lo buscó en el abismo  
alucinado y loco de sus sueños:

en el camino de la vida, triste  
de cruces y de huesos;  
en el dolor del mundo  
ululante y sangriento;  
en los ojos cerrados  
del transportado amor que mira al cielo;  
en las dulzuras lípidas del éxtasis  
y el oscuro dolor del pensamiento. . .

Y no era El: era una sombra leve  
sobre el trémulo lienzo.

Y lo buscó en el Libro  
que con manos de tierra escribió el Cielo:

en los rojos fulgores  
del anuncio profético:

y su paleta se cargó de sombras  
y de llamas de incendio;  
de Viejos que venían del principio  
y borraban el tiempo,  
postrados en la roca de los siglos  
delante del Cordero.

Y su paleta se cargó de rayos,  
de cabalgatas lívidas, de muertos,  
de las hirvientes Copas de la Ira,  
del horror de los últimos misterios. . .

Mas, no era El! . . . era el dolido anuncio  
del que viene a brillar sobre el sol muer

Y un día . . . repentina  
—como llega el simún sobre el desierto,  
como en la mies de Agosto  
la racha loca y súbita de viento,

como el rayo en la cumbre  
y el brusco vendaval sobre el océano—  
la Voz de arriba díjole al artista:  
“está ahí y te llama: es el Maestro!”

Y sobre el fondo negro de la espera,  
y del amor al tembloroso incendio,  
lo descubrió el artista  
adentro de su pecho!

Un sol que reverbera  
sobre el rostro moreno;  
el cabello de aromas y de noches,  
de amarga luz y de marinos vientos;

breve el fulgor de aurora de la túnica,  
y en el manto un crepúsculo sangriento.

En el dolor de la visión, tomando  
el corazón entre los dedos trémulos,  
lo dejó entre las olas palpitantes  
de luces y de sombras en el lienzo.

Era El. . . En el lienzo se opacaban  
la aurora y el crepúsculo sangriento;  
no refulgía el sol tan fulgurante  
sobre el rostro moreno. . . ;

pero todo el tormento del artista,  
el mudo torbellino de sus sueños,  
su amor y su dolor, y la presencia  
palpitante de Cristo sobre el lienzo,

estaban en los ojos  
de una hondura tan honda que da vértigo,  
en los ojos punzantes,  
insondables, divinos, del Maestro!

## COMO MI RECUERDO

Abrigo  
sobre las tardes frías  
para la tierra extraña:

hecho de aquella lana crespada y limpia  
en la que enreda sus cabellos rubios  
el sol, entre las manos de la brisa.

Lana de esas ovejas que en tus campos  
pastaban la sonrisa  
y la fragancia fresca  
en las flores campestres escondida. . .

Abrigo azul y blanco  
—fulgor de nieve de las altas cimas,  
ojos abiertos  
de las mañanas limpias,  
ojos tristes y azules de los montes  
que nos miran desde hondas lejanías—,

Abrigo acariciado por los vientos  
de tu tierra lejana: voz amiga

—la voz de nuestros pájaros alegres  
y de los ojos de agua cantarina,  
de nuestras lluvias lentas,  
de nuestras tibias brisas;  
y del silencio inmenso  
de nuestras rojas tardes pensativas,  
de nuestras hondas noches incendiadas,  
de nuestras perspectivas infinitas.

Abrigo familiar para las horas  
de soledad más íntima.

Abrigo para estar frente al silencio  
del Amigo escondido, de rodillas,  
con el inmenso corazón ardiente  
de la pequeña lámpara encendida.

Fiel, mudo amparo —como mi recuerdo—  
para las tardes frías.

## **SOBRE EL MUNDO**

Si de mi corazón  
en el rincón más profundo  
hay un desgarrón, por qué  
te lo oculto?

Por qué no voy a decirte  
que sufro?

Aquí me tienes: mírame:  
solo, dolido, oscuro,  
trayendo ante tus ojos  
mi desgarrón desnudo.

Mi mano llagada cubre  
con gesto tímido y brusco  
el desgarrón y las lágrimas  
al mundo.

—como el niño que esconde  
su tristeza en sus dos puños,

y los ojos recelosos  
gira en torno, solo y mudo—.

No sé más! . . . Pero hay un puente  
que el hosco desgarrón puso,  
sobre el mundo hostil y frío,  
de mi corazón al tuyo!

## CANTO DEL CENTENARIO

(En el centenario del Colegio Pío Latino Americano de Ror)

Cien veces sobre el cielo volvieron  
las breves flechas de las golondrinas,  
y en las plantas de la Virgen despertaron  
las rosas de los sueños que en el corazón dormían.

Cien veces en torno del reloj las alas  
blanquinegras y esquivas,  
y en los claustros las alas  
blancas y azules que de nuevo se abrían.

Cien veces los soles del verano doraron  
con oro del cielo las rojas murallas tranquilas,  
y se sentaron al borde de mil fuentes de piedra  
a escuchar extasiados la eterna sinfonía.

Cien veces una lluvia de oro  
cayó de los árboles a las viejas vías;  
abrieron los caminos su rosa de los vientos;  
volvió a sonar la dulce canción de la vendimia,

y los ojos profundos del mar hicieron señas  
a las soñadoras pupilas.

Cien veces los brazos de los árboles  
se alzaron al cielo como una oración desnuda y sencilla;  
el viento trajo de las montañas  
su palabra triste y fría,  
y alguna vez la nieve  
bendijo a la Ciudad y al mundo, de la Cúpula en la alta cima.

Cien veces la gloria de los hijos  
besó la frente de esta madre mía:  
quien no le dio gloria  
le da tan sólo esta canción sencilla.

Canto las sobrias palabras de piedra que dicen la historia  
de los amos del mundo en la noble lengua de la gente latina;  
y las piedras por donde desde hace 20 siglos entró en cua-  
y el vino de Italia en carretas cansinas. [dirigas la historia

Y la ciudad inmensa donde cantan los Mártires  
—la ciudad en silencio y en sombras sumergida;  
las 300 iglesias en que la belleza  
humilde en la penumbra se arrodilla.  
La tierra en que se irguió la cruz y durmieron los huesos de  
[Pedro;  
la noble cabeza de Pablo que abrió 3 fuentes de agua límpida.

Y la blanca silueta que va como una nave  
sobre las olas agitadas de un amor y una esperanza infinitas,  
cuando las lenguas del mundo se unen en un grito  
y una pálida mano se tiende en bendición y en caricia.

Canto este silencio que se hace voz; la sombra  
discreta de los claustros que se hace luz divina.

Y a los hijos de aquel recio Capitán de las almas  
que los hizo oro y hierro: amor y disciplina;  
ellos fueron el alma de cien años de gloria  
con sus ojos alertas, y sus manos paternas, y sus pobres so-  
tanas raídas.

La púrpura romana que cubrió de su gloria milenaria  
la joven tierra verde, el mar azul, las blancas cimas.

La cruz de oro y de dolor que sobre el pecho llevan  
los príncipes que fueron tus pequeños un día.

A los que llevan el nombre de esta Madre  
a la parroquia humilde y a la choza perdida:  
al piolatino anónimo que va —callada lámpara—  
quemándose por Cristo y por María

Canto a los que se fueron —avanzada en el cielo—  
oh coro piolatino de una eterna sinfonía!

Canto ese blanco resplandor de gloria  
en el que se fundieron diez mil vidas:  
sangre y sudor, persecuciones y luchas,  
silencios, soledades, agonías. . . :

todo el ancho dolor transfigurado  
en el canto triunfal que se alza y vibra  
desde las 25 cumbres de la América  
a las siete colinas.

## EL PERFUME DE AMOR QUE LLENA EL MUNDO

Sed que, siguiendo del Amor el rastro,  
lleva al banquete sin amor su pena  
y rompe el corazón y el alabastro  
y escribe un nombre eterno: Magdalena.

Soledad del amor, sed insaciada  
que llora ante la tumba ya vacía  
y oye, por fin, la Voz resucitada  
que dice el nombre de un amor: María.

Un barco sin timón la lleva a donde  
nació el callado amor que se extasia  
y del tumulto y del clamor se esconde;

mientras del roto vaso en lo profundo  
sigue fluyendo, intacto cada día  
el perfume de amor que llena el mundo.

## TÚ ERES LA PATRIA...

Una queja sin voz vaga y extraña,  
pasa en el cielo gris, de monte a monte:  
la nube que surgió de la montaña  
está cubriendo todo el horizonte...

Siento en mi carne el grito dolorido  
del pasado que sangra y se desgarras,  
de las cosas sagradas que se han ido  
del rubio mercenario en la áurea garra.

De la Patria la esencia y el aliento,  
el misterioso ser, hondo e ignoto,  
lo va llevando enloquecido viento,  
como el olor del alabastro roto.

La Fe que en la infinita paz del agro  
vuela aún con la voz de las campanas,  
y florece en el diáfano milagro  
del alma de las gentes aldeanas,

aquí enmudece, ahogada por la duda  
que a su paso tendió redes arteras,

y es una Dolorosa triste y muda  
manchada de salivas extranjeras. . .

Pero tú eres la Patria! Tú, Azucena  
que resumes su gloria y su destino:  
hecha de nuestra carne y nuestra pena  
traspasada de un hálito divino.

En tus leves cenizas, oh Mariana!,  
que en hombros de tus gentes han pasado  
está la azul aurora del mañana  
y las santas cenizas del pasado.

Por eso arrodillamos a tu paso  
nuestra ringlera de nevadas cumbres  
las banderas sangrientas del ocaso  
y el cielo inmenso, trémulo de lumbres.

Y te miraron, tímidas, lejanas,  
de los lagos las diáfanas pupilas,  
y te cantó el clamor de las campanas  
y el dulce sollozar de las esquilas.

Arrodillado, el páramo infinito  
te vio ir, y brotó de su garganta  
un sollozo de amor, canción y grito,  
porque el páramo llora cuando canta.

Porque tú eres la Patria! En tí ora y canta  
de nuestra raza el alma soñadora;  
ella en tu carne virgen se levanta  
hasta la gloria de la eterna Aurora.

Porque una vez el tallo calcinado  
de la Patria postrada y dolorida,  
del rayo vengador fue perdonado  
por el lírio de sangre de tu vida.

Por eso sigue en la heredad paterna  
—el mar, la selva, la alta serranía—  
meciendo el viento tu fragancia eterna,  
lírio de Dios y de la tierra mía!

## TERESITA

Vengo de la mentira que sonrío,  
Teresita.

Tras de los ojos traigo  
toda el alma mordida,  
girones de amistad entre mis manos  
y fuego y sed en la garganta ardida.

Y lavo esa mentira en la inocente  
verdad de tus pupilas;  
me curo el alma  
con tu pura sonrisa,  
y bebo la honda paz que se ha quedado  
sobre tu dulce corazón dormida,  
oh amiga transparente  
de la estrella y la hormiga!

Porque aún eres,  
Teresita,  
para el mundo sin paz, desesperado,  
la esperanza sencilla;

para el mundo sin fe, sin ilusiones,  
eres la dulce niña;  
para la sombra ciega de la angustia  
la palabra de luz, simple y divina.

La mimada de Dios  
y de la vida,  
que hace vestir de novia a la mañana  
para llevar el velo de su dicha,  
y sabe que Dios tiene unos luceros  
sólo para que escriban: "Teresita".

Esposa de quince años:  
aunque las flores del jardín envidian  
tus aires de princesa, te aman tanto  
—del universo hermana consentida—  
que a tí te revelaron el secreto  
del caminito aquel de flor y espina.

Desde el secreto del Carmelo brota  
la Limpia claridad de tus pupilas,  
tu diáfana palabra que despierta  
esperanzas dormidas,  
el heroísmo inmenso que tu rostro  
sonreído escondía.

Y todavía llueve en el desierto,  
Teresita,

esa lluvia de rosas  
que tu mano de virgen, pequeña,  
deshoja, como un beso de los cielos  
sobre una abierta herida.

EL MOVIMIENTO  
FAMILIAR CRISTIANO

Junto al fuego que alumbra los rostros hermanos  
—uno solo el amor—  
te cantamos, unidas las manos:  
Tú en el centro, Señor!

\* \* \*

De este mundo al sombrío paisaje  
de violencia y de mal,  
llevaremos contigo un mensaje  
de bondad y de paz.

Guarda siempre esta llama encendida  
del amor y la fe:  
escondida contigo la vida:  
otra vez Nazareth!

Llene el vaso del diario camino  
tu fraterno mirar  
con la pura alegría del vino  
que Tú hiciste en Caná!

SAN AGUSTÍN  
(CASA DE EJERCICIOS)

Un silencio encantado, con un dedo  
en los labios, del éxtasis en pos. . .  
Y miran las montañas, de rodillas,  
la montaña de Dios.

Por el cristal delgado de este cielo  
se filtra al corazón  
una divina luz desconocida  
de ternura y dolor.

Camino del jardín, en cuya arena  
otro paso, de pronto resonó:  
mi alma, que venía desde lejos  
a llevarme a la búsqueda de Dios!

Dulce avenida de las flores blancas  
por la que, junto a mí, se paseó  
la sombra de la Virgen: para oírla  
quedaba quieto y mudo el corazón. . .

Una pequeña luz alza en sus manos  
la noche, ante el sagrario en oración,  
y dice al alma incierta, quedamente:  
“te llama y está aquí . . . : es El, tu Dios”.

Oh, poderme llevar este silencio  
dentro del corazón,  
y esta avenida de las flores blancas,  
y el camino que a mi alma me llevó;

y esta pequeña luz entre mis manos,  
y en mi frente, del éxtasis en pos,  
la corona callada de montañas,  
la montaña de Dios!

## SOBRESALTO

Entre estos altos muros,  
corazón, qué has perdido?

No la mañana clara de la vida  
que sube —fácil vuelo repentino,  
temblor de ala  
y embriaguez de trino—.

No es el incendio que en las tardes quema  
sobre el paisaje mío  
los ojos que jugaban en la cumbre  
olvidados de todo, como niños.

No la mano prendida en el arado,  
ni el surco dolorido,  
ni el amor, que, acechando los rumores,  
a la tierra sin luz pega el oído.

Todo está en paz e intacto:  
amor y dolor vivos.

Y sin embargo, entre estos altos muros,  
corazón, qué has perdido?

Son mis angustias y mis ilusiones,  
el sobresalto trémulo y divino,  
lo que hacía mi vida inquieta y loca  
y me mordía el corazón dolido.

El sueño de colcres imposibles  
que arrullaba el corazón dormido,  
y, al despertar, era un jirón lejano  
de la angustia del alma desprendido.

Hoy, ni sueño, ni angustia,  
ni sobresalto. Cerrazón y frío,  
todo en gris armonía,  
tristemente tranquilo.

No esta paz estancada! Este silencio  
ciego y sordo! Mi grito  
en el ancho desierto de las almas,  
el sobresalto alerta de mi oído,  
las lágrimas rebeldes de mi angustia  
y mi incurable ensoñación de niño!

## PLEGARIA AL HERMANO MIGUEL

Hermano Miguel, qué suave  
es tu nombre, y qué sencillo!

Déjame que te diga esta plegaria,  
mientras miro tus ojos —como dos lagos— profundos y t  
[qu

El día en que el Pontífice  
te proclame de divina gloria ungido  
y un halo misterioso cubra tu hermosa frente  
y tus pobres pies torcidos  
que subieron al cielo  
en callado y gozoso sacrificio,  
no te quedes en el cielo  
tranquilo  
jugando con las almas  
de los niños.

Aquí hay otros, ingenuos,  
traviesos y sencillos,  
que no saben de Dios, de su misterio,  
de su amor infinito.

Ven esa noche a buscarlos en tu tierra  
—la reconocerás por sus nevados picos  
y por las estrellas que palpitan  
en sus lagos dormidos—.

Siéntate a la cabecera de sus camas  
—entre sus juguetes y sus libros—,  
y háblales de Dios, de tu visión del cielo,  
al oído,  
como una dulce historia  
de un maravilloso país desconocido.

Y al despertarse sentirán adentro  
la nostalgia de una Patria que no han visto,  
un ignorado anhelo de volver los ojos  
al infinito  
y un deseo profundo y misterioso  
del Dios desconocido.

## CONFESIÓN

Quiero ser yo  
el yo que todavía no conozco.

Sentí, a veces, manipulados por la vida  
mi sueño, mi palabra,  
mi vuelo  
en tanta cosa ajena,  
tanta cosa marchita:

Cuántas palabras mías  
me llaman en la ruta!

Me dije un día  
que iba a volver a andar  
con los ojos abiertos,  
oído alerta y corazón en vilo  
para escuchar, alguna vez, tus pasos  
en el camino.

Aparecieron -Cuántos?-  
los cruces de caminos  
y se me fueron, tantas veces,  
= signos de los tiempos.

Por qué me sentí atado?  
si fue tu voluntad, bendita sea!  
para al fin desatarme en esta hora  
que me deslumbra como una madrugada.

Andar? Ya no por los caminos  
de antes. Por otros que me llaman.  
Saber sentarme  
a mirarte  
sin verte  
a escucharte  
sin oírte,  
a sentir que hace  
derivar hacia mi alma  
«como un río, la paz».

A hacer con mis manos  
cosas que se me vayan  
y que mi corazón haga volar.

A ser siempre  
gitano, aventurero  
pero de otra aventura,  
la de este mar de adentro  
en que empiezo a perderme.

No sabría decir lo que he perdido:  
el tiempo, la fatiga,  
el dolor, el silencio,  
la paz, la soledad,  
los tesoros secretos de la noche?

Tan sólo sé que amé, tan débilmente,  
que quise amarte como Tú me amaste  
-no alcanzó el corazón que es tan pequeño.

No sabría decir cuánto he perdido...  
perdí el bastón, el manto y el calzado

pero aún está llena mi mochila  
de sueños, de inquietudes, de ilusiones,  
de cantos y esperanzas!

## TU CUERPO MUERTO

Todo lo que en la vida  
hay de paz, fulgor velado,  
de serenidad callada,  
de tempestad dormida,  
de silencio desvelado,  
de dulzura consumada,  
  
de música pura,  
de soñada primavera,  
de ternura,  
de entrega sin espera,  
de espera sin premura,  
  
está en tu Cuerpo muerto  
grano de trigo partido,  
roto, abierto,  
en el surco de la noche caído,  
el surco en que avizora  
el mundo, entre despierto  
y dormido,  
el despertar divino en la aurora.

## HERMANAS

Mi corazón abierto,  
ensanchado sin límites  
para que entre en él todo el mundo.

Mis manos  
unidas en plegaria silenciosa;  
Tendidas en caricia  
a los niños enfermos. Que acogen dentro de ella  
las manos  
de todos los ancianos olvidados.

Mis manos  
portadoras de paz, de gozo y de esperanza  
a los blancos crisoles  
-tendidos en silencio  
soledad- en que se purifica  
el gran dolor humano.

Las que estrechan las manos  
-frías, duras, dolidas-  
de los que, porque se cansaron  
de esperar un trabajo, una presencia,  
una palabra de esperanza,  
escogieron  
-y ya están preparando su mochila-  
cualesquiera guerrilla de este mundo.

Mi palabra  
que anhela ser servicio y transparencia  
de la sola Palabra,  
y nacer en las calles, los caminos,  
de gargantas más puras,  
más humildes, más fieles.

Mis pies  
que olvidaron el cansancio y la fatiga  
para llegar, hermosos y benditos,  
partidos y sangrantes,  
mensajeros de vida,

de paz y de esperanza  
a los barrios que nacen de la nada,  
a los campos -antes de que ellos  
huya la vida!-

Mi sonrisa  
que quisiera brotar, como agua limpia  
para la sed de todos,  
de la hondura  
de la lucha, el dolor y la fatiga.

Son lo que yo nunca  
llegaré a ser... la cima  
que nunca alcanzarán mis pasos solos.

## FE

Fe mía querida  
noche tachonada de misterios.

Cuando a la vida humana  
le arrancan el misterio  
le duele  
como un hachazo en el tronco del árbol;  
y se le vuelve la vida  
como una noche en un cuarto  
iluminado por mínimas lámparas  
colgadas de un techo bajo  
entre cuatro paredes mudas y sordas.

Sin árboles que sueñan,  
sin fuentes  
que alzan en el claro silencio sus azules voces  
como niñas que hubieran estado escondidas  
y salieran ahora, alegres y seguras  
a danzar bajo la luz de las estrellas.

Sin ese canto solitario  
que sale a veces de una ventana abierta  
en busca de un amor lejano.

Sin el rumor del mar en la sombra  
más puro y sonoro  
como un inmenso coro que baja del cielo  
a mecer en sus notas  
todas las angustias de la tierra...

Fe mía querida,  
noche tachonada de misterios...  
como ésta que llega esta mañana:  
la luz arrodillada en la ventana  
alumbra esta apariencia—que no escasi ni aparien  
de un pan chiquito en que Dios viene camin  
hasta mi cama  
y se queda dormido  
dentro de mi corazón.

## CINTA MAGNETOFÓNICA

De un salto  
ágil sin ruido,  
estás aquí de nuevo  
de más allá de la muerte,

con tu adolescencia  
como un oleaje  
que va y viene  
eternamente.

Tus ojos que sonríen,  
tu cara morena,  
tu sonrisa que nos mira,  
descolgándose del cielo  
por el hilo de tu voz.

Y vuelve a saltar  
la fuente pura de tu voz  
—limpia, íntima, suave—  
como una mano que nos lleva  
o que nos llama.

La campana de oro  
de tu voz  
repica alegre en el cielo  
y está aquí, nostálgica  
para nosotros,

y no sabemos ya  
si está grabada  
aquí o allá  
y luego unos pies leves que aletean  
y una fragancia  
que se va.

## CLAUSTRO DE SAN FRANCISCO

Un surtidor de oro  
que salta hasta los cielos  
desde el brocal del pozo  
hecho de piedra gris y de silencio,

mientras del claustro entre los arcos claros  
va fluyendo  
un surtidor callado de frescura  
para el alma y el cuerpo.

Entre las manos juntas de los arcos,  
arrodillado en los ladrillos viejos,  
canta maitines  
el viento.

Y mi alma se pasea silenciosa,  
olvidada del cuerpo,  
arrullada por vagas armonías  
y rumores eternos.

La voz de una campana  
pasa brincando en el jardín desierto,  
y los arcos de piedra, silenciosos,  
las miran sonriendo.

Abren dulces misterios al que llega  
del mundo sordo y ciego  
las pupilas extáticas del claustro,  
su oído atento a músicas del cielo.

Es el cielo que llena de armonías  
este hondo silencio,  
o es el claustro callado que contagia  
su dulce paz al cielo?

## VOLVER A ANDAR

Volver a andar  
porque ése es mi destino.

Volver a andar, dejar atrás, atrás, muy lejos  
la ciudad con su vértigo y su ruido,  
dejarla no sé dónde, donde no oiga  
si no la voz amiga del camino.

Ir subiendo despacio, lejos, lejos  
del ardiente ronquido  
de los bólidos que llevan —hacia dónde?—  
el solitario, ansioso, melancólico egoísmo.

Volver a andar,  
descubrir, otra vez, el latido  
profundo de la tierra  
—en su fiel corazón puesto el oído—,  
el color olvidado de las hojas,  
la música del viento, del agua, de los grillos,  
el pañuelo de una nube que me llama  
detrás de un negro risco.

Saber de nuevo, por mis pies cansados,  
la sencilla verdad de mi destino:  
ser, hasta el fin,  
gitano, aventurero, peregrino.

Un pedazo de pan, un sorbo de agua,  
la palabra callada del camino,  
una música suave que . . . viene de las cosas  
o nace de mí mismo?

Y, a ratos, un silencio  
hondo y limpio  
en que suenan los pasos, humanos, fraternos  
de Dios en el camino.

Descansaré cuando Alguien haya  
quitado de mis pasos el camino.

Volver a andar, andar  
porque ése es mi destino.

## VENGO DE UN CAMINO...

Padre,  
vengo de un camino que no sé si queda cerca o lejos:

nunca he sabido  
qué lejos queda el recuerdo.

Camino de recorrer, mirando  
—al paso del caballo, despacioso, lento—  
todo lo que no pudo enterrar la mano  
implacable del tiempo.

La salida al filo de la madrugada  
—ocho Curas de negro  
alegres como chicos sin escuela,  
las alas de los ponchos abiertas a los vientos:  
quién sabía que una cruz de oro  
bajo ese poncho azul saltaba, bendiciendo?—

Los cascos resonantes por todos los caminos:  
junto al maizal en que sonaba, alegre  
el “alabado Sacramento!”  
y los ponchitos rojos de los longos

volaban, como pájaros pequeños,  
a rodear al taita  
que conoce su choza al pie del cerro.

Por el valle tostado y oloroso  
—olor de música y de miel, color de sueño—:  
ángeles niños de la guarda, junto al río  
miran nadar sus angelitos negros;  
los ángeles mayores se han sentado  
a fumar, esperando tu llegada al borde del sendero.

Por las piedras del río  
ciego  
que quiebran —como nuestras torpes manos—  
los cristales azules de los cielos.

O por la soledad sin fin del páramo  
cuando a la grupa del caballo va el silencio  
para decirnos al oído  
su secreto.

Por los arcos de frutas y de flores  
entrabas, al galope, entre músicas y versos,  
en ese mundo de las almas, duro,  
dolorido y enfermo.

Una silla solitaria,  
lámparas de luceros;  
hombres huraños y ásperos que llegan  
huyendo del demonio que monta un potro negro,  
de la montaña negra del pecado,  
y se quedan, callados, a lo lejos.

Un montañés que cae, como un roble  
de rodillas, al suelo

“Padre! he pecado mucho! . . .” y en un rostro  
brutal, el Rostro de Cristo que se va reconstruyendo.

La selva arrodillada mira la procesión de sombras.  
Se ha tendido a tus plantas, a dormir, el silencio.

El río anda descalzo,  
ha forrado sus cascos a su caballo el viento.

Y alza la frente el mundo  
—contenido el aliento—  
para oír esa voz que habla en voz baja  
y oyen sólo la noche y el silencio.

El descanso en la choza  
adornada con flores y chales domingueros:  
debajo de la cama,  
los cuyes con sus dientes menudos se comen el silencio.

Me han pedido que fuera en busca de tu nombre  
que anda aún galopando en los senderos:  
ahí está en la nostalgia del indio,  
en la música monótona del negro,  
en el alma de aquel que huyó hacia el monte  
por no encontrarse con tu amor, y luego  
volvió llorando a confesarte:  
“Padre! no puedo...”  
En las almas que, al filo de la noche,  
encontraron la paz sobre tu pecho.

## SALMO 1

**Canta**  
**su barcarola**  
**la lancha**  
**que viaja sobre el lomo de la ola**  
**con sandalias de espuma**  
**y guitarra de viento, dulce y ronca.**

**Cantan las alas blancas**  
**de las gaviotas**  
**una audaz melodía de acrobacia**  
**alta y sola.**

**Canta el mar su canción dulce y amarga**  
**remota,**  
**que en la orquesta de las olas —que se acercan**  
**y tocan**  
**su barbara marimba**  
**en las rocas**  
**dulcemente se ahoga.**

Canta  
la inmensa esfera roja  
que se hunde lentamente, ensangrentando  
la soledad azul, la tarde sola.

¡Todo canta en el mar,  
Señor! Canta a la Mano  
que se abrió, para que de ella volaran  
las cosas, como pájaros:

la luz, que abrió sus grandes ojos  
manantial del color y del espacio.

El sol, la luna, en que aprendió a contar el hombre  
los días, y los meses, y los años.

Las estrellas que escriben los caminos  
al que en la noche avanza, navegando.

El firmamento, límite y llamada  
a otro más alto.

El agua inmensa que arrulló, al principio,  
de la vida el milagro.

El camino de tierra en el que el hombre  
guía hacia Tí sus pasos.

La ciega voz que mueve  
al pez, al pájaro,  
a la fiera, y al manso ser que lame  
del hombre amigo la confiada mano.

Y la llama que enciende eternamente  
al hombre sin quemarlo.  
Todo es un coro inmenso que en la arena  
-cielo y mar, un azul desnudo y ancho-  
a Tí que inclinas el oído amante  
canta su salmo.

## SALMO 2

Todo está de rodillas:  
las pupilas azules de la lejanía  
–Ciudad, llanura, selva–

los caminos con sed  
que suben jadeando  
hasta besar el borde de la nieve.

Candelabro de arena  
en que la chuquiragua enciende su fanal.

El cimientado de hielo del que vuela  
la arquitectura grácil de la nieve.

Las estatuas de piedra  
con que miran los siglos  
perderse, sin afán, los pies del tiempo.

Y el Chimborazo  
con las rodillas negras en la tierra  
y un torso que se pierde entre las nubes  
blanco, blanco, sin sombra,  
diáfano, ángel desnudo  
con las alas plegadas y las manos juntas.

Y las huellas  
de los que no volvieron  
y de los que llegaron,  
intactas, de rodillas en la cumbre.

Todas las cosas –agua, tierra, fuego–  
al ascender se han ido adelgazando  
hasta esta soledad blanca y radiante.

Y las voces lejanas  
del mar y de la selva  
y del viento y del hombre  
se hicieron, al subir, este silencio

tan sólo alma desnuda de la música  
clara, limpia, sin tiempo.

Sinfonía de cumbres  
que sólo saben repetir tu Nombre  
–tan sólo él llega  
a este delgado aire de la altura–:

\* A Carlos Garbay, en el Refugio del Chimborazo.

de una cima a otra cima:  
la copa de cristal del Cotopaxi,  
ventana al huracán del Imbabura,  
hoguera del Sangay, entre albos velos,  
inmenso lino del Altar en éxtasis...

y otros puros silencios en la bruma...  
lejanía sin fin del Himalaya  
muda oración de siglos,

altos silencios solos,  
flauta perdida en que la tierra toca  
para Tí, su canción estremecida.

## 4 CANTOS

### ANGUSTIA

Perdóname que te hable: yo creo  
que sólo debe hablarte en esta hora la limpia  
boca de los niños, besada por los labios de los ángeles,  
perfumada de sueños y de asombros ungida.

Pero me atrevo a hablarte  
porque aún estos ojos que miraron la vida  
columpian sus sueños imposibles en el claro milagro  
de la callada estrella matutina.

En este paisaje de mi tierra,  
de verdinegros valles y de azules colinas  
en donde el tiempo apacienta las horas  
entre ovejas mansas y vacas de nostálgicas pupilas,  
frente al soñar del agua un poco triste  
de la laguna dormida,

surge... como entre los olivos  
▼ las viñas  
▼ el mar de Galilea,  
▲ figura misteriosa, adorable y sencilla

de Dios que habla con los pescadores  
las parábolas de la red y la oveja perdida.

Me siento cerca de Ti, y lejos  
de mi tierra y de mi vida,  
y me quema el corazón y los oídos  
esta palabra divina:  
"me muerde el Corazón la angustia de las multitudes!"

La multitud en el embrujo de tus ojos prendida,  
que descansaba, sobre el heno del campo,  
su cansancio de tres días:

campesinos  
de manos toscas y de alma sencilla;  
pecadores que apretaban sobre el pecho su vergüenza  
como una secreta herida;  
niños que dialogaban su inocencia  
con la inocente luz de tus pupilas;  
mujeres que daban el seno a sus pequeños  
sobre sus cansadas rodillas. . . :

ojos que te miraban esperando, sin saberlo,  
el milagro para el hambre de tres días,  
oídos que esperaban el milagro  
para hambres infinitas.

Por ellos, por las muchedumbres fieles y hambrientas  
y sencillas,  
brotó de tu Corazón esa angustia  
que se trocó en el Pan divino de la Vida.

Aquí están de nuevo: los veo sobre este paisaje de mi tierra  
que recuerda el paisaje verde, gris y azul de Palestina.  
Los traigo en la angustia de mi corazón de sacerdote,  
en la angustia quemada en tu angustia divina.

Los niños que llevan el alma vestida de fiesta  
para el primer beso divino de su vida:  
arroyos blancos: no se despeñen  
por negras simas,

no los traguén las arenas traidoras  
del olvido de ti, que seca y que marchita!

Campeños que dialogan contigo  
frente a la sembradora de maíz, bendita,  
y en la camisa aplanchada del domingo  
te llevan el homenaje de su alma sencilla.

Obreros que en el tumulto de las fábricas  
hunden su alma, sacudida  
por el temor, la duda  
del incierto pan de cada día,  
y a los que quieren arrancar el alma  
para hacerlos ciegos máquinas de ajenas rebeldías.

Llegue hasta sus almas buenas  
el amor y la justicia!  
Que trabajen contigo, junto a la paz divina de tus manos  
que encallecieron en la brega oscura por el pan de cada día  
y regresen contigo, platicando con el fiel Amigo,  
al hogar en que hallen encendida la lumbre y la alegría.

El montuero que lucha, terciado su machete,  
con el torso desnudo, en la jungla bravía:  
perdónale su violencia  
por su fe sencilla  
que te saluda con la mano en alto cuando te alzan  
en la Misa,  
y va a dejar  
a San Jacinto o a Narcisca  
los encargos humildes, para el arrozal o para el hijo,  
y el ex-voto ingenuo: su dolor o su sonrisa.

El negro que se quema en el sol de nuestros valles  
o boga cantando por las rías:  
perdónale sus lasitudes y sus rumbas  
por su alma blanca que a veces se hace niña  
cuando lleva su nostalgia a la Virgen del Carmen  
y en sus ojos de Madre limpia el alma y la vida.

El indio que llena las soledades altas y hondas  
serranía

con la queja monótona  
del rondador que sangra como una vieja herida:

pon su imagen doliente  
en el alma dei blanco, sacudida  
por fin de un largo sueño  
de olvido y de injusticia.

Sigue con él, llevando hasta su choza  
tu esperanza infinita.  
Guarda en tu Corazón el don ingenuo  
de sus velas benditas,  
y bésale en la frente bronceada  
de soles y de vientos, y nostalgias dormidas!

Aquí están, ante esta Hostia  
que es el alma de la Patria, y su luz, y su vida  
que llevaron cantando por la ría encendida de luces y de can-  
en la noche tranquila. [tos

Jesús, que eres el mismo, que de esa Hostia blanca  
con el mismo amor y la misma ansia nos miras,  
yo te traigo esta noche esa multitud en mi alma,  
en mi angustia quemada en tu angustia divina!

## CANTO DEL CONSTRUCTOR DE LA CASA

Señor,  
vamos a jugar con barro!

Tú, al hacer tu obra mejor y más querida,  
te enlodaste las manos  
y levantaste, jugando, la maravillosa arquitectura  
del cuerpo humano.

Quizá por eso a tus hijos pequeños ha quedado el gusto  
de jugar con barro.

Somos una tierra iluminada  
quemada por dentro por el amor, la idea, la alegría y  
[llant

también quisiste ser tierra  
—tierra de milagro—:  
dia, con tu saliva y con tierra hiciste lodo  
lo pusiste en los ojos sin luz del ciego arrodillado,  
hicieron en sus pupilas muertas dos luceros  
—luz con luz, del cielo desterrado—.

De tí hemos aprendido a hacer el lodo,  
encenderlo en belleza, e irlo alzando  
como un cuento, una música o un poema  
hecho de tierra, con nuestras propias manos.

Tú trabajaste en levantar las casas  
de Nazareth; y cuando en la tarde, cansado,  
te sentabas a ver los muros que poco a poco iban subiendo,  
veías a los ángeles jugando  
entre los muros nuevos, y soñabas en la Casa del Padre  
que, misteriosamente, habías y no habías dejado.

Y estás aún presente: cuando hacemos  
nuestra casa de tierra, algo como un canto  
sin notas, y una paz, y una fragancia  
misteriosa nos dicen que entre nosotros te has quedado.

Quédate a trabajar con nosotros nuestra casa!  
Después, la llenaremos de ángeles, de pájaros,  
de pequeñas hijas de Dios, de flores; sobre todo  
de tí mismo, Jesús, del silencio encantado  
en el que arcanamente el alma siente la luz y el fuego  
y la miel de tus divinos ojos hermanos  
y sin el cual sería sólo tierra muerta  
esta casa que, con amor, contigo estamos levantando.

## MEDITACIÓN EN EL BUS

Las horas se han bebido,  
como un vino rojo, la tarde.

La noche está reuniendo, para cantar en coro,  
sus constelaciones distantes;  
pero escuchan sus voces tan sólo  
afuera los ojos, y adentro la sangre.

Se encendió como el día  
la noche en que llegaste.  
Pero todas las noches, se encienden  
con misteriosas claves  
cuando salimos solos en tu busca  
oh escondido Amante!

Sin saber, siento que Tú, que me huías  
me has dado alcance;  
que tu divina presencia  
redime todos los instantes;  
que la noche que marcha  
silbando suavemente como un niño cobarde

esconde en su mochila  
las voces y los silencios inefables;  
que estar así, sentado  
mientras huye el paisaje,  
es también vida eterna, porque siempre  
vengo de tí, voy contigo, hacia tí marchó en todo viaje.

Se ha detenido el bus. "Guayllabamba!"... Gritos. Luces.

Cómo te encuentro ahora en esta sucia calle?  
... Oh Niño Dios... mocosó,  
huérfano de padre y madre,  
sentado en la acera llorando  
sin que te haga caso nadie.

Déjame que te limpie la naricita roja,  
me siente contigo en la calle,  
te dé los dos únicos caramelos que tengo,  
y te vea marcharte  
con las manos en los bolsillos de tu calzoncito roto,  
feliz... siquiera en este instante.

Último punto de mi meditación: me he quedado dormido,  
y te sueño, al reanudar mi viaje,  
y ya no sé si estás hablando dentro de mi alma  
o llorando en la calle.

## HERMANO POBRE

Hermano,  
hermano pobre, yo me acerco a tí con miedo:  
no el miedo de que ensucie mis manos tu pobreza  
sino el miedo con que nos acercamos a un misterio,  
porque tú eres un misterio desconocido  
y un doloroso sacramento.

Desde hace dos mil años  
Cristo está en tí, en tus labios hambrientos  
y en tu alma humillada,  
con presencia real, en tabernáculo abierto:  
y mientras lo tragamos bajo las especies eucarísticas,  
no queremos comerlo  
bajo las especies doloridas de tus llagas,  
bajo los blancos velos  
de tu rostro pálido de hambre,  
adelgazado, como una hostia, por el sufrimiento.

Decimos con los labios: "bienaventurados  
los pobres y los mansos..." pero, no, no es cierto:  
nos arrodillamos ante los poderosos de la tierra

y ante los violentos,  
y sólo para hablarte a tí nos ponemos de pie,  
oh Cristo escondido en un doloroso misterio!

Por eso hoy quisiera  
abrir los ojos ciegos  
y dejar en tus manos —con las llagas de Cristo invisibles—  
mejor que un pan, un beso,  
y comer, en esa otra Eucaristía  
velada de fatiga, polvo y sueño,  
al Cristo que nos mira desde tus ojos tristes  
y nos habla en la voz de tu hondo silencio.

## PARA EL ORFERTORIO DE MI MISA DE MAÑANA

Señor, te acuerdas de mi amigo, tan alegre y valiente,  
que murió en Suiza frente a los lagos y las blancas monta-

La tisis le había afinado el rostro,  
pero sobre todo le había hecho el alma vibrante como un a

El gusano que le roía adentro era ya su amigo  
—una especie de escultor escondido que le estaba hacien  
[su estatu

Oyéndolo, había sentido bajar sobre su espíritu una paz  
[fu

como la nieve que bajo su aparente mortaja  
guarda la palpitación profunda de la tierra  
y la promesa de las flores y las ramas  
de nidos y canciones  
y tantas carretas llenas de espigas doradas.

sentábamos al borde de su lecho  
—y él se fue a la montaña—

y comíamos juntos un racimo  
de uvas y palabras:  
de palabras alegres  
que parecían cantar sobre su boca pálida  
y llenarse de la luz de sus pupilas  
que se perdían en una visión más bella y más lejana  
y cuando volvían a encontrarse con mis ojos  
traían un poco de nostalgia.

Su soledad se llenaba mansamente  
de tu presencia amada  
y su largo silencio  
de la luz musical de tu palabra,  
como desborda el cántaro vacío  
dejado solo en la vertiente azul de la montaña.

Quiero sentarme al borde del lecho  
de todos mis hermanos tísicos: poner sobre la colcha blanca  
mi cabeza negra y mis manos morenas;  
comer con ellos un racimo de uvas y de alegres palabras  
amasadas de paz y de valor, que canten  
sobre sus bocas pálidas;  
recoger con amor y con respeto  
en la palma de mis manos consagradas  
su valiente oración, y llevármela conmigo  
para el Ofertorio de mi Misa de mañana.

## BUS

Señor de mi bus de a dos reales,  
te doy gracias porque estoy cansado  
y he hallado asiento junto a la ventana  
que lame, como un perro amigo, la luz del ocaso.

Si fuera manejando un automóvil,  
no pudiera estarme así tranquilo, mirando  
los guiños de los letreros luminosos  
los brazos estirados  
de la ciudad que bosteza,  
los ojos fijos y duros de los autos,  
las pupilas veladas de la gente cansada,  
la mano gris de la tarde sobre el paisaje despintado.

Aquí adentro, los pobres, con la tarde en los ojos  
vamos un poco apretados;  
una mujer con la canasta vacía  
y una sombra de ausencia en los ojos velados;  
la sonrisa de una niña  
—sobre tanta cosa marchita, rosa de milagro!—

Cierro los ojos y pienso  
que te tengo a mi lado cuando viajo,  
olvidado de que eres Dios, para sentarte  
junto a mí, como un hermano.

Pero hoy me cuesta trabajo descubrirte  
en el que va junto a mí, un poco borracho  
pero tranquilo y silencioso,  
las manos juntas y los ojos bajos;  
me cuesta prescindir, para sentirte,  
del vago olor del trago.

Pero, al fin, en la penumbra  
del bus, tu Rostro poco a poco se va iluminando;  
y te veo a través de la pobreza,  
del dolor de los ojos fatigados,  
de la vieja camisa con leyenda inglesa,  
de los callos que ennoblecen esas manos.

El ha alzado la frente;  
nos vemos, nos entendemos sin hablarnos.

Tengo que bajarme en la próxima parada:  
cómo te agradezco por haber viajado  
por dos reales, los dos  
juntos, como dos hermanos!

## MANUEL

Manuel,  
sabías que tu nombre significa  
Dios con nosotros? Tú, con tu cabeza entrecana,  
desmelenada y crespa, con tu risa  
a veces como la risa de un niño,  
clara y limpia,  
y a veces amarga. Con tu largo abrigo  
—que no se sabe si es de gringo o de gringa—;  
con tus bigotes de mujik,  
con tus muletas a las que debes tantas caídas,  
eres Dios con nosotros. Te he contemplado largamente  
mientras dormías  
en un corredor del Seminario  
plácidamente, con una sola rota cobija.

Y he comprendido que esa extraña presencia  
es el misterio de tu vida.

Y ese misterio de la presencia de Cristo  
se esconde y se asoma en tí todos los días:

en tus insultos en la calle, cuando los muchachos  
"Huacachinooo! . . . largamente te gritan;

en tus súbitos enojos  
y tus extrañas melancolías.  
En tu silencio abismado  
en la solitaria capilla.  
En tus rosarios nocturnos, a gritos,  
como un niño que llama a su madre, en la noche perdida.  
Ni casa ni automóvil. Solo tu viejo abrigo  
y un medio pantalón. Qué sociedad podría  
aceptarte, Manuel? Mas tú sientes que hay una cosa más hon-  
—la única que queda cuando todo se vuelve ceniza— [da  
el hambre de ese Dios que se ha quedado luchando  
por hacerse sentir a través de tu vida.

## PERDÓN

Perdón por no haber sido  
lo que querías, cuando me encontraste  
—alma desnuda, quebradizo cuerpo-  
sentado en el camino  
y te antojaste —nadie sabe  
por qué, ni como!—  
de mí, cual si no hubieran  
tantos que habrían sido  
lo que Tú soñaste.

Porque no fui lo que esperaban  
los que dudan de Tí,  
los que en Tí no creen,  
los que blasfeman  
porque te necesitan  
como al aire, la luz, la sal, el agua.

Porque  
los que buscaban tu Rostro  
se volvieron, frustrados,  
al verme.

Porque  
cuando llegó el Espíritu a mi cuarto  
halló una ventana  
rota, por la que penetraban libremente  
la lluvia, el ruido, el mundo.

Porque en mi palabra  
no hallaron mis hermanos  
—tus hermanos—  
la unión misteriosa que buscaban.

Porque en mis Eucaristías —tantas veces!—  
dejé caer el moho y el orín  
que roen y carcomen,  
rompen el velo puro del misterio  
y a tu divino Pan le quitan algo  
de su sabor de cielo.

Por tantas veces  
que me comí mi pan sin compartirlo.

Por tantas veces que entregué al mendigo  
un cobre frío,  
sin estrechar su mano,  
sin voz y sin sonrisa.

Porque, por estar sano,  
me olvidé del enfermo  
en quien Tú mismo me esperaste en vano.

Porque no fué mi vida el canto de ternura  
sin riberas,  
visceralmente desinteresado,  
difusivo, limpio  
a la Madre.

~~Porque~~ estuve tan lejos  
ser —realidad y transparencia  
ese Tú, el único a quien buscan  
quienes vienen a mí—.

Pero en el filo de esta noche negra,  
callada y escondida,  
tu Mano me estrechó la mano sola;  
tus ojos me quemaron en la sombra;  
volvió a latir  
mi corazón, despierto y renacido:  
supe, de nuevo,  
que eras el mismo Amigo!

## EL AUTOR

### PARA EL FIN

Llegar cantando al tope del último sendero;  
tomar la luz, la voz, las venas yertas,  
y rasgado y abierto el corazón entero  
entregarlo a la cuna de tus Manos abiertas.

La leña de la lucha y la ilusión ardiente  
hecha, por fin para el indio, trizas  
dejar que se consuma, hasta el fin, totalmente  
y queden en tus Manos amigas las cenizas.

Te nos hiciste Pan, molido en la tortura  
por todas nuestras hambres. Tengo hambre: yo quiero  
como Tú ser molido, para Tí harina pura  
para tu hambre de amor solo pan verdadero.

Entrar, como el profeta al torrente en crecida,  
sin preguntar a dónde, como el enamorado,  
y encomendar la sangre, el dolor y la vida  
al abismo sin fondo del amor consumado.

Carlos Suárez Veintimilla nació el 16 de junio 1911. Fueron sus padres el Dr. Rafael Suárez Esp y Dña. Matilde Veintimilla García. Sus estudios realizó en el jardín de infantes de las Hnas. d Caridad de Ibarra; la primaria en la escuela Seminario de San Diego, los dos últimos años, bajo dirección de los Hnos. Cristianos; la secundaria e Seminario Menor San Diego, hasta cuarto curso los 16 años, en 1927, fue enviado a Roma por M<sup>r</sup> Alberto Ordóñez, Obispo de Ibarra. En Roma estudió los tres años de Filosofía en la Universidad Gregoriana, obteniendo el título de doctor en Filosofía, y luego estudió cuatro años de Teología, obteniendo la licenciatura. Se ordenó de sacerdote el 28 de octubre 1934. Estudió después cuatro años de Derecho Canónico, obteniendo el doctorado.

Permaneció una temporada en Bélgica, en los estudios de la Organización de la JOC (Juventud Obrera Católica) con el fundador, Mons. José Cardijn. Regresó al Ecuador en octubre de 1938, a su tierra natal Ibarra, después de 11 años de permanencia en Europa.

Inició su trabajo pastoral en octubre de 1938. Fue capellán y profesor del Colegio Sagrado Corazón de Ibarra, y profesor del Colegio Sánchez y Cifuentes recientemente fundado, en los que permaneció varios años. El último año fue rector del Colegio Sánchez y Cifuentes. Fue también profesor del Colegio Seminario San Diego de Ibarra.

Colaboró con la fundación del Instituto Secular “Nuestra Señora de Fátima”, en el año 1950, siendo su asesor desde su fundación. Fundó el Colegio Nuestra Señora de Fátima en el año 1956, en el que fue Rector durante veinte años.

Durante todos estos años hasta la fundación del colegio, trabajó en pastoral juvenil primero, la organización y conducción de la Brigada Scout en el Colegio Sagrado Corazón, y después creó la JOC (Juventud Obrera Católica) en Ibarra, con Mons. Leonidas Proaño. Este movimiento se extendió a ocho provincias del país. Fue nombrado asesor nacional de la JOC por la asamblea del movimiento. Trabajó en la JEC (Juventud Estudiantil Católica) masculina y femenina y en la LEC (Liga de Empleadas Católicas) en calidad de asesor.

Durante quince años perteneció al grupo de jóvenes sacerdotes que mantuvieron una estrecha amistad y colaboración, al que le denominó la gente “el cuadrilátero”. Mantuvo durante diez años una hora radial semanal llamada “la hora católica”, con la colaboración de los Hnos. Cristianos.

Pertenece a la Academia Ecuatoriana de la Lengua desde 1971, a la Casa de la Cultura núcleo de Imbabura, y a la Academia Mariana del Ecuador.

Ha publicado las siguientes obras: *Caminos del Corazón inquieto*, *Cuadernos de ausencia y de presencia*, *Alondras*, *Las Horas*, *Cinco cantos de soledad*, *Serenata a la Virgen*, *Poesía*, obra completa, *Imbabura. Colección de poemas del paisaje de Imbabura*, *Nazareth*, prosa; además de su presencia en el libro *Antología de la poesía religiosa del siglo XX*, publicado en España.